

Exilio, magisterio y sociabilidades letradas en la República Dominicana finisecular (1876-1895)

Por Isabel DE LEÓN OLIVARES*

A FINALES DEL SIGLO XIX, el exilio entendido como un “mecanismo de exclusión política” siguió funcionando en los territorios de las últimas colonias de España en el Caribe. Para numerosos escritores y políticos de Cuba y Puerto Rico esto significó vivir el exilio como “una experiencia de fractura” con sus comunidades de origen que los lanzó hacia una trashumancia intelectual que, a la larga, definió sus vidas y sus obras.¹ José Martí y Eugenio María de Hostos son, sin duda, un claro ejemplo de estos escritores del Caribe finisecular que, debido a su oposición al régimen colonial español, vivieron el exilio como un experiencia política que acabó por detonar sus fecundas trayectorias peregrinas. Viajes de ida y vuelta, tránsitos de un lugar a otro, fueron las constantes en la vida de estos dos próceres decimonónicos que, de uno u otro modo, anticiparon los exilios contemporáneos que, como explica Arcadio Díaz Quiñones, hoy reconfiguran al Caribe como una región que constantemente desborda y ensancha sus límites más allá de las islas y nos obliga a convalidar categorías como nomadismo y diáspora.²

En este trabajo, por supuesto, no voy ocuparme de reconstruir las odiseas exílicas de Martí y Hostos por toda Nuestra América. Mi objetivo es más modesto: me interesa examinar las experiencias de exilio que ambos pensadores vivieron en la República Dominicana de fin de siglo y, en particular, la impronta que dichas experiencias dejaron en la redefinición de un campo letrado dominicano en

* Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México; integrante del Seminario Iberoamérica Contemporánea, proyecto de investigación PAPIIT-UNAM IN303021 “América Latina y España: exilio y política en la órbita de la Guerra Fría”; e-mail: <isabeldeleon@filos.unam.mx>.

¹ Claudia Fedora Rojas Mira, *Las moradas del exilio: la Casa de Chile en México*, México, UNAM, 2019, p. 27; Rafael Rojas, *La vanguardia peregrina: el escritor cubano, la tradición y el exilio*, México, FCE, 2013, p. 9.

² Arcadio Díaz Quiñones, *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2006, pp. 22-23.

pleno proceso de formación. Aunque nunca se toparon cara a cara, Hostos y Martí coincidieron en el hecho de que, entre 1875 y 1895, encontraron en República Dominicana un espacio de refugio que les brindó la posibilidad de prolongar sus enseñanzas, concretar sus proyectos de emancipación política y, sobre todo, establecer fecundas relaciones intelectuales con los escritores del país. Una relación intelectual destacó en este contexto: la que Hostos y Martí lograron tejer con los hermanos Henríquez y Carvajal, Francisco y Federico, al interior de un espacio de sociabilidad letrada llamada Sociedad Amigos del País.

En efecto, durante el último cuarto del siglo XIX, los hermanos Henríquez y Carvajal destacaron como protagonistas de una esfera pública nacional gracias al papel que desempeñaron en la fundación de instituciones educativas y literarias que renovaron el panorama cultural dominicano. Una de esas instituciones fue, precisamente, la Sociedad Amigos del País. Fundada en 1871 y con una vida que se prolongó hasta 1900, esta asociación letrada destacó por reunir en sus salones a los escritores dominicanos más sobresalientes del periodo. Francisco Henríquez y Carvajal fue uno de los primeros miembros de esta sociabilidad, cuyas ideas y dinamismo le permitieron encabezar el periodo más fecundo de la misma, los años de 1875 a 1892. Federico, por su parte, fue un personaje que si bien orbitó en todo momento alrededor de la institución, ingresó oficialmente como “miembro activo” sólo en 1896, hecho que le permitió presidir la transformación de la misma, primero, en Ateneo Amigos del País (1901) y, posteriormente, en Ateneo Dominicano (1907).

Fue precisamente al interior de la Sociedad Amigos del País que los hermanos Henríquez y Carvajal acogieron a pensadores como Hostos y Martí. La recepción que les brindaron trajo consigo importantes consecuencias en el terreno de la cultura, una de las cuales fue, desde mi punto de vista, la entrada al país de propuestas educativas, discursos americanistas, proyectos antillanistas y modelos de intelectual en función de los cuales los hermanos Henríquez y Carvajal acabaron por redefinir sus propias identidades letradas. Un modelo fue particularmente importante en este entramado de encuentros e intercambios intelectuales: el del maestro, esa figura de “alta estima social” estrechamente ligada a la idea del

“prohombre de la cultura” que, de acuerdo con Beatriz Colombi, predominó en el imaginario social y el repertorio del ensayismo latinoamericanos durante los siglos XIX y XX. “La abundancia de ejemplos exime de su recuento, aunque en él no deberían faltar Domingo Faustino Sarmiento, Eugenio María de Hostos, José Enrique Rodó, José Vasconcelos, Gabriela Mistral y Pedro Henríquez Ureña”.³ Los hermanos Henríquez y Carvajal formaron parte de esta pléyade de escritores latinoamericanos que hicieron de la misión educativa uno de los ejes primordiales de su vida y su obra. Lo que intentaré mostrar aquí es que la identificación de estos hermanos como “maestros de las juventudes dominicanas” resultó, en buena medida, consecuencia directa del encuentro que sostuvieron con esos exiliados que arribaron al país al calor de las últimas luchas de emancipación política en el Caribe hispano. La recepción que ambos hermanos les brindaron a personajes como Hostos y Martí, al interior de sus sociabilidades literarias, sirvió de acicate para impulsar y nutrir sus propios proyectos educativos y culturales, y de este modo redefinir sus identidades, ya como hombres de letras, ya como maestros.

1. El espacio de recepción: la Sociedad “Amigos del País” (1871-1900)

EN el último cuarto del siglo XIX una “explosión”⁴ de sociabilidades asociativas se registró en República Dominicana. Sociedades patrióticas, literarias, filarmónicas, dramáticas, religiosas, filantrópicas, de recreo, de damas, de adelanto intelectual, de instrucción, de beneficencia, de socorro mutuo, de artesanos, se instalaron a lo largo y ancho de un país que, todavía, hacia el año de 1888 apenas alcanzaba la cifra de los 415 000 habitantes.⁵ De acuerdo con Emilio Rodríguez Demorizi, en su libro pionero sobre el tema, aproximadamente doscientas noventa y cuatro “sociedades”, de

³ Beatriz Colombi, “Representaciones del ensayista”, *The Colorado Review of Hispanic Studies* (University of Colorado at Boulder), vol. 5 (2007), pp. 25-36, p. 28.

⁴ Retomo esta expresión de Pilar González Bernaldo de Quirós, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina: las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, FCE, 2008.

⁵ José Ramón Abad, *La República Dominicana: reseña general geográfico-estadística* (1888), Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1993, pp. 90-96.

finalidades, funciones y duraciones diversas, aparecieron entre los años 1870-1900, principalmente, en las ciudades de Santo Domingo, Santiago de los Caballeros, Puerto Plata y La Vega.⁶ Como lo atestiguó el propio Eugenio María de Hostos, se trató de un fenómeno de asociacionismo que se superpuso y, en ocasiones, rivalizó con formas más efímeras, más informales y, sin embargo, con un mayor arraigo entre la población local: las fiestas de iglesias, los paseos públicos, las tertulias, los corrillos al aire libre, los “fandangos”, las visitas a los vecinos y familiares, la asistencia a los teatros improvisados de la república, las “galleras”, los “saraos” para la “gente decente”, la masonería.⁷ En comparación con este otro universo de sociabilidades, las asociaciones que proliferaron durante el último cuarto del siglo XIX se presentaron ante los ojos del visitante atento como espacios/prácticas de una modernidad, una urbanidad y una civilidad embrionarias al interior de un medio social atenazado por su “debilidad” y su “violencia”.

No recuerdo de una sola población importante de la República en donde no haya una institución privada, ya con fines benéficos, ya educacionales, ya de fomento local, ya de mera sociabilidad.

Todas ellas, cualquiera que sea su fin social, reúnen periódicamente a sus socios, y una vez al año, cuando menos, celebran una reunión pública y solemne a que invitan y concurren las familias.

Estas tertulias extraordinarias, que tanto sirven para animar la mortecina uniformidad de la vida en aquellas tristes poblaciones, sirven también para fortalecer los lazos sociales de los miembros de esas instituciones, y acaso también para darles la fuerza y el sostén de las simpatías locales.⁸

Como en otros países de América Latina, la expansión de estas sociabilidades asociativas se produjo como correlato de un proceso modernizador que, en el caso dominicano, descansó en la agroexportación de cacao, café, tabaco y azúcar.⁹ Esta “economía

⁶ Emilio Rodríguez Demorizi, *Sociedades, cofradías, escuelas, gremios y otras corporaciones dominicanas*, Santo Domingo, Editora Educativa Dominicana, 1975, pp. 9-146.

⁷ Eugenio María de Hostos, “Quisqueya, su sociedad y algunos de sus hijos”, en *id.*, *Páginas dominicanas*, Emilio Rodríguez Demorizi, sel., Santo Domingo, Taller, 1979, pp. 92-148, pp. 112-120.

⁸ *Ibid.*, pp. 121-122.

⁹ Sobre la propagación de las sociabilidades asociativas en diversos países latinoamericanos durante la segunda mitad del siglo XIX, véase Hilda Sabato, “Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: prensa, asociaciones, esfera pública (1850-1900)”.

del postre” registró a partir de 1870 y hasta 1930 un desarrollo sin precedentes en el país. Cultivos como el cacao y el café, que ya se producían para una “economía mercantil simple”, se transformaron en materias primas de exportación gracias a la aparición de nuevas plantaciones y la ampliación de las ya existentes.¹⁰ La introducción de los ferrocarriles, la instalación de las primeras líneas telegráficas y telefónicas, la extensión del servicio de correo, la construcción de puentes, acueductos y más adelante carreteras, la canalización de ríos, la instalación de alumbrado eléctrico, el crecimiento de las ciudades y el aumento de la población, resultaron consecuencias directas de esta transformación económica. Hacia 1888 existía una red de teléfonos en Santo Domingo, mientras que las líneas telegráficas tocaban numerosos puntos de la isla. Santo Domingo y San Pedro de Macorís en el sur, Santiago de los Caballeros y Puerto Plata en el norte, emergieron como los principales espacios urbanos de la república. La población nacional aumentó a consecuencia del crecimiento interno pero también de la llegada de inmigrantes cubanos, puertorriqueños, italianos, españoles, judíos sefardíes de Curazao, venezolanos, “cocolos”, haitianos, entre otros. Se estima que hacia 1898 la población de República Dominicana ascendió a los 458 000 habitantes; para 1920, de acuerdo con el primer censo nacional de población, registró un total de 894 665 pobladores.¹¹

En el marco de estas transformaciones socioeconómicas, las asociaciones que aparecieron entre 1870-1900 se presentaron como

en Carlos Altamirano, dir., y Jorge Myers, ed., *Historia de los intelectuales en América Latina*, 1. *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, México, Katz, 2008, pp. 387-411; Paula Bruno, dir., *Sociabilidades y vida cultural: Buenos Aires, 1860-1930*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2014; Guadalupe Curiel Defossé y Belem Clark de Lara, coords., *Aproximaciones a una historia intelectual: revistas y asociaciones literarias mexicanas en el siglo XIX*, México, UNAM, 2016.

¹⁰ José Serullé Ramia y Jacqueline Boin, “Evolución económica de la República Dominicana, 1844-1930”, en Frank Moya Pons, comp., *Historia de la República Dominicana*, Madrid, CSIC/Academia Dominicana de la Historia/Doce Calles, 2010, pp. 141-204, pp. 163ss.

¹¹ Véase Abad, *La República Dominicana* [n. 5]; Harry Hoetink, *El pueblo dominicano: 1850-1900. Apuntes para una sociología histórica*, Santo Domingo, UCM, 1971; Harry Hoetink, “La República Dominicana, c. 1870-1930”, en Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina*, 9. *México, América Central y el Caribe, c. 1870-1930*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 264-268; Orlando Inoa, “La sociedad dominicana en la segunda mitad del siglo XIX”, en Moya Pons, comp., *Historia de la República Dominicana* [n. 10], pp. 263-294.

espacios de una “incipiente sociedad organizada”¹² que abandonó, provisionalmente, la esfera netamente familiar para ingresar a una esfera de lo público en la que desempeñaron un papel de doble interlocución: frente al proceso modernizador y frente a un Estado-nación en camino hacia una mayor centralización. En una primera etapa, los años de 1870-1880, cuando los miembros de los llamados partidos Azul, Rojo y Verde se enfrascaron en una lucha fratricida que dio paso a catorce gobiernos distintos en menos de diez años,¹³ estas sociabilidades emergentes asumieron la misión de llenar aquellos vacíos que el Estado en conflicto no podía satisfacer, aunque el impulso modernizador los exigía imperiosamente: instrucción, obras públicas, fomento agrícola, beneficencia, “ilustración”, recreo. Ésta fue la labor que llevaron a cabo las primeras sociedades culturales: La Republicana, la Sociedad Amigos del País y La Juventud, de Santo Domingo; la Sociedad Amantes de la Luz, de Santiago de los Caballeros; La Progresista, de La Vega; o Amantes del País y La Educadora, de Puerto Plata. Como explica Francisco Henríquez y Carvajal, en el terreno de la cultura, estas sociedades fueron las encargadas de sostener la prensa, alimentar “el amor por el estudio”, tributar los “homenajes debidos á nuestras grandes figuras”, crear “las únicas Bibliotecas Públicas que en el país existen”, así como fundar los primeros lugares de esparcimiento público de la capital, como los teatros.¹⁴

A partir de 1880 y hasta 1899, en lo que podríamos considerar una segunda etapa en la historia de estas sociabilidades, la lógica anterior se revirtió de algún modo: ya no se trató, simplemente, de llenar los vacíos que el Estado dejaba sino de acompañar, completar y, en ocasiones, hasta criticar los esfuerzos modernizadores que primero los gobiernos liberales del Partido Azul y posteriormente el régimen personalista de Ulises Heureaux (1887-1899) dirigieron y acapararon de modo creciente. Siguiendo a la historiadora Sang

¹² Roberto Cassá, “Eugenio Deschamps ante la edad de oro del liberalismo”, en Raymundo González *et al.*, *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana (siglos XIX y XX)*, Madrid/Santo Domingo, Doce Calles/Academia de Ciencias, 1999, pp. 65-94, p. 72.

¹³ Valentina Peguero y Danilo de los Santos, *Visión general de la historia dominicana*, Santiago, UCMM, 1979, pp. 231-237.

¹⁴ “El Estudio”, *El Estudio* (Santo Domingo), año 1, núm. 6 (18 de abril de 1879), p. 42; véase también de Hostos, “Quisqueya, su sociedad y algunos de sus hijos”, *id.*, *Páginas dominicanas* [n. 7].

Ben, podemos apuntar que en esta segunda etapa algunas de las sociabilidades funcionaron bajo el amparo “moral y material” de un gobierno como el de Heureaux, quien no obstante su autoritarismo y personalismo, supo ver en estas asociaciones de particulares “agentes de educación popular”, vehículos para una educación no formal del pueblo.¹⁵

La Sociedad Amigos del País apareció como un espacio de sociabilidad urbana que en plena capital de la república logró sobrevivir y atravesar ambas etapas. Desde su fundación en mayo de 1871, asumió como una de sus principales tareas la de “propender a cuanto mire al progreso del País”,¹⁶ y fue bajo este afán que se hizo partícipe de un proceso más abarcador: la construcción de la nación, esa “nueva manera de pensar e imaginar la colectividad”.¹⁷ Se trató de una asociación que pugnó por la consumación de ese progreso y esa nación desde el terreno de la cultura, la literatura, la ciencia, el estudio en colectivo. “Contribuir á la ilustración de los individuos que la forman, y al bienestar de esta Patria, digna de que sus hijos le consagren los mayores esfuerzos para colocarla en el puesto elevado que le corresponde”.¹⁸

A diferencia de otras sociabilidades del periodo, la Sociedad Amigos del País surgió con un alto grado de formalidad. Desde su primer año de existencia, contó con su propio reglamento, una diferenciación entre sus miembros —activos, honorarios, facultativos—, una junta directiva rotativa —integrada por presidente, censor, secretario, vicepresidente, tesorero, bibliotecario, secretario de la junta literaria—, un lema —“fraternidad, orden y progreso”—, un sello —“con la leyenda Amigos del País (en la parte superior), Santo Domingo (en su parte inferior) y al centro instrumentos geométricos y el día de la instalación”—, una división por secciones —junta literaria, junta de estudio, junta popular—, cuotas de contribución, una biblioteca pública y, como veremos más adelante, a partir del 1º de febrero de 1879, un órgano de difusión —*El Estudio*.¹⁹ Esta estructura le permitió funcionar sin grandes variaciones

¹⁵ Mu-Kien Adriana Sang Ben, *Ulises Heureaux: biografía de un dictador*, Santo Domingo, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1987, pp. 123-124.

¹⁶ Rodríguez Demorizi, *Sociedades, cofradías, escuelas* [n. 6], p. 77.

¹⁷ François-Xavier Guerra, “Prólogo”, en González Bernaldo de Quirós, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina* [n. 4], p. 23.

¹⁸ “El Estudio”, *El Estudio*, año 1, núm. 9 (1º de junio de 1879), p. 65.

¹⁹ Rodríguez Demorizi, *Sociedades, cofradías, escuelas* [n. 6], pp. 77-93.

hasta 1900 y posicionarse como la sociedad literaria más importante de la república. Prueba de esta preeminencia fue la centralidad y visibilidad que alcanzó dentro del paisaje de la capital. De ser una asociación cuyo lugar de fundación fue un espacio privado, la casa particular de José Pantaleón del Castillo, logró trasladarse en 1889, con la aprobación del Congreso Nacional, a la Cárcel Vieja de Santo Domingo, edificio situado en la plaza pública por excelencia de la nación: la Plaza Colón, “corazón de la ciudad”, sede de los poderes políticos y religiosos del país. Nuevamente, el testimonio de Hostos resulta iluminador al respecto:

Allí está la plaza, cerrada por aquel edificio extraordinario [la Catedral Primada de América], por la actual casa de gobierno, obra de la dominación haitiana, que no carece de elegancia; por la municipalidad que es una restauración agradable y ostentosa de los últimos años; [por] la cárcel vieja, simbólicamente construida al lado de la casa de Gobierno y de cuyas ruinas acaba de hacer su asiento y biblioteca pública la Sociedad de los Amigos del País, y por algunas casas particulares que no ha mucho eran ruinas lastimosas.

En el medio de la plaza, que a duras penas se ha ido convirtiendo en parque, se levanta la estatua de Colón, en la misma actitud, “con índice profético señalando el Nuevo Mundo”, en que lo presenta un libro.

La estatua, que es obra del escultor francés Gilbert, y que ofrece, entre otras bellezas, la originalidad de presentar a América simbolizada en una india, escribiendo en el zócalo el nombre del Descubridor; la Catedral, cuya fachada es un capricho arquitectónico del género más extraordinario; la Casa Municipal, la del Gobierno, la de los Amigos del País, edificios de exterioridad decorativa, hacen de aquella plaza que nunca acaba de ser parque, uno de los lugares más sugestivos de tristeza y de esperanza que puede contemplar en todo el Continente un reflexivo. Allí, de una mirada, junto con la tristeza del pasado puede columbrar las esperanzas del porvenir. Algo hay que esperar de la ciudad que así se levanta de sus ruinas, rindiendo homenaje de gratitud al que tanto amó a la isla; conservando cariñosamente en la Catedral los restos que le compró el gran Infortunado, dando tranquila mansión a su poder más efectivo en el mismo lugar en donde durante veintidós años dominó el poder extranjero; alojando suntuosamente a su poder municipal; convirtiendo una cárcel de oprobio en un recinto del saber de las Edades; y todo eso, a fuerza de esfuerzos, sin recursos, luchando a brazo partido con la estupidez y la voracidad de sus gobernantes; ellos detrás, en la oscuridad infernal del caudillaje, ella delante, en la gloriosa luz de un renacimiento solicitado con afán.²⁰

²⁰ Eugenio María de Hostos, “Quisqueya, su sociedad y algunos de sus hijos”, en *id.*, *Páginas dominicanas* [n. 7], pp. 146-148.

Más allá de la carga simbólica sugerida por Hostos, la centralidad espacial que paulatinamente adquirió la Sociedad Amigos del País fue indicio de otros procesos. Por un lado, de la relevancia que alcanzó al interior de un universo de sociabilidades que terminó por reconocerla como el “recinto del saber” del país, al grado de convertirla en custodia de la única biblioteca pública de la capital y, por un par de años, en la sede del Instituto Profesional, antecedente inmediato de la Universidad moderna de Santo Domingo. Por otro lado, indicio del paulatino proceso de formalización por el que atravesaron, de acuerdo con González Bernaldo, numerosas sociedades estudiantiles, literarias y culturales del siglo XIX en América Latina: “El ejemplo clásico de institución de la esfera pública moderna a partir de la esfera privada: en primer lugar, reuniones de amigos en ámbitos privados; a renglón seguido, la institución de discusiones sobre objetos literarios y luego políticos; por último, la formalización a través de una asociación contractual y la edición de un periódico para hacer pública la opinión del grupo”.²¹

Se trató de un tránsito de lo privado a lo público que no supuso simplemente un cambio en las coordenadas geográficas de la sociabilidad en cuestión, sino cambios cualitativos en el tipo de prácticas que se realizaban en su interior. Mientras la Sociedad Amigos del País se situó en el ámbito privado de su fundador funcionó, primordialmente, como un espacio formativo para sus miembros, a través del fomento al estudio, la lectura y la conversación entre iguales. Al trasladarse al centro de la ciudad, estas prácticas iniciales, si bien no desaparecieron, se mezclaron con otras nuevas: la disertación pública, las conferencias literarias, las veladas familiares, la ampliación del acceso público a la biblioteca, la impartición de cursos, la participación a través de la prensa en los debates del momento, los homenajes a escritores nacionales y, por supuesto, la recepción de escritores de otros países.

Poca información encontramos —en lo que se refiere a sus orígenes y edades— sobre aquellos socios que integraron el núcleo fundador de la Sociedad Amigos del País. Sabemos por Max Henríquez Ureña y Emilio Rodríguez Demorizi que el grupo originario lo conformaron José Pantaleón Castillo, Juan Francisco Curiel y

²¹ González Bernaldo de Quirós, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina* [n. 4], p. 116.

Rodríguez, José María Pérez, Avelino A. Vicioso, Dimas de Jesús Moya, Pedro María Garrido, Enrique Jansen y Valentín Eulogio Delgado.²² Estos personajes compusieron la primera junta directiva de la sociedad literaria, aquella que con el tiempo logró atraer hacia su seno a casi una centena de miembros, entre activos, honorarios y facultativos. Sin embargo, a excepción de José Pantaleón Castillo, estos primeros socios no fueron los que impulsaron y encabezaron el periodo más glorioso de la Sociedad Amigos del País. Este papel le correspondió a un grupo de jóvenes que se incorporaron a la asociación a partir de 1875; jóvenes nacidos entre 1850 y 1860 que padecieron, siendo niños, la Guerra de Restauración contra España (1860-1865) y, posteriormente, las luchas fratricidas que, entre 1865 y 1879, enfrentaron a los miembros del Partido Azul —jefes cibaños de la guerra restauradora— contra los del Partido Rojo —hateros y comerciantes de maderas de Santo Domingo. Tal como lo refiere Pedro Henríquez Ureña, en esta red juvenil figuraron: Emilio Prud’Homme, José Dubeau, Pablo Pumarol, César Nicolás Penson, José Pantaleón Castillo, Francisco Henríquez y Carvajal y José Lamarche.²³

Miembro de una familia de once hermanos, Francisco Henríquez y Carvajal fue el egocentro de esta red local primigenia. Su entrada a la Sociedad Amigos del País tuvo lugar el 8 de agosto de 1875, con un discurso en el que expuso “su amor al estudio y sus sentimientos patrióticos”.²⁴ Este modesto acto representó el ingreso de un joven que para ese momento, con tan solo 16 años de edad, tenía como únicas “credenciales” sus estudios en el Seminario Conciliar y el Colegio San Luis Gonzaga y un hermano mayor, Federico, que desde 1867 era miembro destacado de La Republicana, sociedad cultural responsable de fundar el primer teatro público de la capital.²⁵ En un primer momento, la adscripción a la Sociedad

²² Rodríguez Demorizi, *Sociedades, cofradías, escuelas* [n. 6], p. 78; Max Henríquez Ureña, *Mi padre: perfil biográfico de Francisco Henríquez y Carvajal*, Santo Domingo, Comisión Permanente de la Feria Nacional del Libro, 1988, pp. 5-6.

²³ Pedro Henríquez Ureña, “La vida intelectual de Santo Domingo”, en *id.*, *Obras completas*, 2. 1899-1910, Miguel D. Mena, comp., Santo Domingo, Editora Nacional, 2013, vol. 1, pp. 164-175, p. 169.

²⁴ Henríquez Ureña, *Mi padre* [n. 22], p. 6.

²⁵ Sobre la asociación patriótica La Republicana que tuvo como objeto “cultivar la inteligencia de sus miembros por medio del estudio de las ciencias, las letras y las artes, y sostener el Teatro de esta capital”, véase Rodríguez Demorizi, *Sociedades, cofradías, escuelas* [n. 6], pp. 67-74.

Amigos del País significó para Francisco Henríquez y Carvajal “la feliz comunicación de ideas con los amigos que también estudian”;²⁶ a la larga, sin embargo, constituyó la plataforma desde la cual logró construir su fructífera carrera pública, aquella que se vio consagrada en su matrimonio con la poetisa nacional Salomé Ureña (1880) y en sus vínculos con los máximos jefes políticos del periodo: Fernando de Meriño —de quien lograría ser secretario particular entre 1880-1882—, Gregorio Luperón y, por algún tiempo, Ulises Heureaux —de quien obtendría la beca oficial para financiar sus estudios doctorales en París entre los años de 1887-1891.²⁷ Se podría afirmar que en la vida de Francisco Henríquez y Carvajal, el ingreso a la Sociedad Amigos del País marcó el punto de arranque de su trayectoria: ese espacio/tiempo en que comenzó a compartir sus inquietudes intelectuales y, sobre todo, a configurar el proyecto educativo que, con base en la reivindicación de la ciencia, motivó sus constantes intervenciones públicas. Al interior de la sociedad letrada, entre 1875 y 1887, Francisco Henríquez y Carvajal ocupó diversos cargos —presidente, secretario general, secretario de la junta literaria, secretario de las juntas de estudio, director y redactor de *El Estudio*, tesorero de la biblioteca—, que le permitieron dirigir e impulsar la etapa más dinámica de la Sociedad Amigos del País, los años de 1875 a 1892, durante los cuales ésta se convirtió en el semillero de prácticas e instituciones culturales y educativas inexistentes hasta ese momento en el país.

Sobre esto último, consideramos que se puede plantear una distinción entre dos tipos de actividades/proyectos que, bajo la iniciativa de Francisco Henríquez y Carvajal, se llevaron a cabo en y desde la Sociedad Amigos del País. Por un lado, las actividades/proyectos que se dirigieron expresamente a cumplir el objetivo original de la asociación, es decir, contribuir al desenvolvimiento intelectual de sus miembros, tales como la celebración periódica de juntas, conferencias y veladas literarias; la creación y expansión de la biblioteca pública bajo su resguardo, y la publicación de la revista *El Estudio*. Por otro lado, las actividades/proyectos que,

²⁶ “Las bibliotecas en Santo Domingo”, *El Estudio*, año 1, núm. 5 (1º de abril de 1879), p. 38.

²⁷ Guillermo Piña-Contreras, “El universo familiar en la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña”, *Cuadernos Americanos*, núm. 90 (noviembre-diciembre de 2001), pp. 143-179, p. 172.

parafraseando a Hilda Sabato, rebasaron los objetivos específicos de la asociación hasta hacerla partícipe de un proceso más abarcador: la construcción de la esfera pública nacional.²⁸ En este rubro podemos ubicar proyectos/actividades como los homenajes públicos a poetas y pensadores que la Sociedad Amigos del País organizó con miras a la construcción de un canon de literatura nacional; los emprendimientos editoriales que realizó bajo la convicción de expandir una biblioteca nacional vista todavía como exigua y desconocida dentro y fuera del país; su activa participación en uno de los debates historiográficos más duraderos y controvertidos en la historia del nacionalismo dominicano, la polémica en torno al hallazgo de los restos de Cristóbal Colón en la Catedral de Santo Domingo; y finalmente, su protagónica lucha a favor de una instrucción pública, laica, “científica”, abierta a todos los hombres y las mujeres de la república, sostenida por el Estado y regida por un plan general, la cual debía funcionar como forjadora de ciudadanía.

La relevancia de este proyecto educativo descansa en el hecho de que permitió a Amigos del País ampliar considerablemente su radio de acción, hasta alcanzar a sectores de la sociedad dominicana, sobre todo de la capital, originalmente no contemplados dentro de los límites de su sociabilidad letrada. Fue precisamente al calor de este proyecto educativo que la institución, y en particular los hermanos Henríquez y Carvajal, iniciaron el camino hacia su autodefinición como figuras públicas, al amparo de un modelo intelectual en ascenso: el maestro. Lo relevante para nosotros es que se trató de un proceso cuyo detonante fue el encuentro, el diálogo y la relación sostenidas con tres exiliados que, provenientes del espacio antillano, se instituyeron en figuras modélicas y fundacionales de un circuito de maestros latinoamericanos. Nos referimos a los puertorriqueños Román Baldorioty de Castro, Eugenio María de Hostos y el cubano José Martí.

2. Los principios antillanos de un circuito maestro en construcción

CON motivo del estallido de la guerra, después de los famosos gritos de Lares y de Yara en Puerto Rico y Cuba respectivamente,

²⁸ Sabato, “Nuevos espacios de formación y actuación intelectual” [n. 9], p. 392.

una oleada de inmigrantes antillanos, con las más variadas orientaciones políticas, se instaló en República Dominicana entre 1868 y 1878. Los puertorriqueños Román Baldorioty de Castro y Eugenio María de Hostos llegaron al país en el contexto de esta oleada. Su presencia allí fue, originalmente, un hecho político que sólo a raíz del encuentro intelectual con la Sociedad Amigos del País acabó por transformarse en un acontecimiento cultural de enormes resonancias para la república.

El primero en hacerse presente fue Román Baldorioty de Castro (1822-1889), quien se destacó al interior del heterogéneo contingente de inmigrantes cubanos y puertorriqueños por ser uno de los principales defensores *no* de la postura independentista —a la manera de Hostos y Martí—, sino de otra de las corrientes políticas en pugna: el autonomismo. Como muestra la historiadora María Teresa Cortés Zavala, Baldorioty de Castro fue una de las figuras más emblemáticas del pensamiento reformista puertorriqueño del siglo XIX, miembro, primero, del Partido Liberal Reformista y más tarde, en 1887, del Partido Autonomista Puertorriqueño. Promotor de la abolición de la esclavitud y de la puesta en marcha de una economía isleña basada en la modernización agrícola y el trabajo libre, Baldorioty de Castro pugnó incansablemente por un régimen autonómico para Puerto Rico: propuso la descentralización administrativa de la nación española a fin de darle mayor autonomía a la isla de Borinquen, cuyas diferencias sociales, culturales, políticas y económicas la hacían acreedora a una representación propia al interior del Parlamento español, una diputación provincial, la “gestión libre” de sus municipios, y la libertad de prensa, reunión, manifestación y petición para sus habitantes.²⁹

En un momento de recrudescimiento del régimen colonial ante los reclamos autonomistas y separatistas de cubanos y puertorriqueños, Baldorioty de Castro arribó a República Dominicana en 1874, en busca de refugio.³⁰ No fueron, sin embargo, sus ideas políticas las que dejaron huella en Santo Domingo, sino su trayectoria como hombre de ciencia. Efectivamente, Baldorioty de Castro fue, junto a su amigo y compatriota José Julián Acosta, uno de los importado-

²⁹ María Teresa Cortés Zavala, *Los hombres de la nación: itinerarios del progreso económico y el desarrollo intelectual, Puerto Rico en el siglo XIX*, Michoacán, UMSNH, 2012, pp. 57-58.

³⁰ *Ibid.*, p. 52.

res del saber científico moderno en el Caribe hispano del siglo XIX. Discípulo del clérigo Rufo Manuel Fernández —quien, a decir de Zavala, impulsó el sueño de establecer un sistema educativo en Puerto Rico con base en el estudio de las ciencias físicas y naturales—,³¹ Baldorioty de Castro estudió entre 1846-1851 en la Universidad Central de Madrid, donde obtuvo el título de Licenciado en Ciencias Físico-Matemáticas. Posteriormente, se trasladó como pensionado a París para profundizar sus conocimientos en química y mecánica en el Conservatorio de Artes y Oficios, “uno de los principales institutos de Europa destinados a la formación de ingenieros industriales”.³² A su regreso a Puerto Rico, Baldorioty de Castro se dedicó a brindar asesoría técnica a los productores de azúcar, con el propósito de modernizar la industria local; desarrolló un programa de estudios para la creación de una Escuela Teórica Práctica de Ciencias y Aplicaciones; colaboró en la fundación, en 1854, de la Escuela de Comercio, Agricultura y Náutica; ocupó el cargo de secretario de las ferias y exposiciones públicas de Agricultura, Industria y Bellas Artes en 1860 y 1865, y formó parte de la comisión puertorriqueña que participó en la Exposición Universal de París de 1867.

Con esta formación a cuestas no extraña que, meses después de su llegada a República Dominicana, Baldorioty de Castro recibiera la encomienda, por parte del gobierno nacional, de dirigir la Academia Náutica —creada en Santo Domingo por decreto del presidente Ignacio María González, el 28 de mayo de 1875—, así como la autorización para fundar dos planteles de instrucción superior, el Colegio Antillano y el Colegio Central. Siguiendo a Max Henríquez Ureña, todo parece indicar que fue al calor de estos emprendimientos pedagógicos, finalmente inconclusos, que en septiembre de 1875 Francisco Henríquez y Carvajal conoció a Baldorioty de Castro y, al lado de su amigo Emilio Prud’Homme, se convirtió en su ferviente discípulo.³³ Como lo recuerda el propio Francisco en un texto que nos llega en retazos:

³¹ *Ibid.*

³² *Ibid.*, p. 31.

³³ Américo Lugo, “Emilio Prud’Homme (esbozo)”, en *id.*, *Obras escogidas*, Santo Domingo, Fundación Corripio, 1993 (*Biblioteca de clásicos dominicanos*, vol. xv), tomo 2, pp. 419-420.

nosotros los que desde [el] 1875 hasta el 1878, seguimos, día tras días, [ilegible], entusiastas, la elocuente lección que bro[taba de sus] labios, ya en la cátedra pública, ya en el [ámbito dom]éstico: era maestro y padre. Junto al pre[mio.] el consejo; junto á la máxima severa, la [palabra de ca]riño alentadora. Vivimos de su gran vida [pública] y en los pormenores de su vida privada, y [...si]empre, le encontramos grande, de talla gi[gantesca]. Su vigoroso espíritu, exuberante de mag[nánimos] propósitos, de bellos ideales e inagotables [ilegible] [vi]vificó el nuestro.³⁴

Francisco Henríquez y Carvajal fue el encargado de integrar a Baldorioty de Castro al círculo de la Sociedad Amigos del País, logrando que fueran los miembros, precisamente, “sus principales adeptos”. En marzo de 1878, desde su cargo de secretario de las juntas literarias de la asociación, Henríquez y Carvajal propuso instalar una clase bajo el magisterio del puertorriqueño. “La Sociedad aprobó su contenido, accediendo también a que la clase tuviera lugar en ese mismo local”.³⁵ Tres meses después, nuevamente por iniciativa de Francisco, la asociación nombró a Baldorioty de Castro miembro facultativo. En un gesto por extender y honrar al maestro, Henríquez y Carvajal, junto a José Pantaleón del Castillo, se autopostuló para impartir en los recintos de la asociación, sin remuneración alguna, cursos de literatura, matemáticas, historia antigua y física —a las que posteriormente se agregaron inglés y francés, a cargo de los socios José Lamarche y César N. Penson, y, finalmente, filosofía y ciencia política. De este modo arrancó el proyecto educativo de la Sociedad Amigos del País y, con ello, un proceso de mayor envergadura: la paulatina autoidentificación de sus miembros y, en específico, de Francisco Henríquez y Carvajal, con el modelo del “hombre lógico”, esa figura que en tiempos de crecientes consensos positivistas acabaría por prefigurar al “maestro” moderno.

Julio Ramos se refiere a este hombre lógico como el “agente de los nuevos discursos, propiamente modernos, de la racionalidad”, que hizo su aparición en América Latina durante el último cuarto del siglo XIX.³⁶ Se trató de una figura cuyas diatribas contra

³⁴ [Francisco] Henríquez y Carvajal, “Por Baldorioty de Castro”, *Letras y Ciencias* (Santo Domingo), año 1, núm. 2 (24 de marzo de 1892), pp. 9-16, p. 9.

³⁵ Henríquez Ureña, *Mi padre* [n. 22], p. 8.

³⁶ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 1989, p. 5.

la literatura —identificada todavía con el sistema tradicional de las bellas artes y la retórica—, paradójicamente, fueron configurando, por negación, al sujeto literario moderno, autónomo. En oposición a este último, el hombre lógico erigió la ciencia en paradigma y comenzó a dominar, bajo la ideología positivista, el terreno de la educación, relevando en esta tarea tanto a la familia como a la Iglesia y al enciclopedismo de los letrados iluministas. Con el hombre lógico, advierte Ramos, se puso en marcha la profesionalización de los maestros y, con ello, “la constitución de un campo discursivo, específicamente pedagógico, que posibil[it] el habla de los nuevos ‘profesionales’”.³⁷

En el caso de Francisco Henríquez y Carvajal, la autoidentificación como hombre lógico resultó una consecuencia directa de su relación maestro-discípulo con Baldorioty de Castro. Como afirma Pedro Henríquez Ureña, Baldorioty de Castro fue el “portador de la ciencia nueva”³⁸ en el país, por ello, bajo su tutela Henríquez y Carvajal se inició en el cultivo de las matemáticas, disciplina que le abrió una “interesante serie de estudios”,³⁹ permitiéndole vislumbrar el modelo de intelectual al que aspiraría y pretendería que aspirasen el resto de los integrantes de su generación. Fue en una carta de “amistad” dirigida a la *poeta* Salomé Ureña, con fecha del 1º de enero de 1878, donde Henríquez y Carvajal dibujó los primeros trazos de ese hombre lógico en construcción:

Al saber que no había U. estudiado el ramo de las Matemáticas, pensé que no debía seguir esto así por conveniencia suya y apoyo de su fama, según la opinión que acerca de los estudios en la actualidad tenía y tengo; pero, francamente, nunca pretendí que yo sería quien pusiera a U. en el camino de tales conocimientos. Sin embargo, se empeñó en hacerme la gran distinción de elegirme para tal cargo, y tuve que ofrecerle lo muy poco que mi entendimiento ha podido cosechar en el poco tiempo que me he consagrado al estudio, con los insuficientes medios que en nuestra patria es posible procurarse.

Recorrer gran parte de mis pocos conocimientos en Matemáticas y ver algo de Física, ha sido obra de corto tiempo; porque no tan solo hay en

³⁷ *Ibid.*, pp. 57-58.

³⁸ Pedro Henríquez Ureña, “Dos momentos en la historia cultural de Santo Domingo”, en *id.*, *Ensayos*, Madrid *et al.*, ALLCA XX/Universidad de Costa Rica, pp. 390-404, p. 403.

³⁹ Henríquez y Carvajal, “Por Baldorioty de Castro”, *Letras y Ciencias* [n. 34], p. 9.

U. una profunda aplicación en lo que estudia [sino] que también posee un entendimiento privilegiado por la naturaleza.

Pero, ¿es esto bastante, amiga mía? No por cierto, y no es la primera vez que lo decimos. En cuenta está U. de que en la edad presente la educación, mejor dicho, la ilustración tiene sus bases fundamentalmente en las ciencias, y de ellas no es posible prescindir si se quiere merecer realmente el título de literato [...]

No basta el estudio de la Aritmética, Álgebra y Geometría que vamos á concluir: el conocimiento de los terrenos de Trigonometría se hace sumamente necesario, no tan solo como cúspide de los estudios de las Matemáticas puras elementales, sino para franquear también el paso á las superiores á los que quieran estender más sus alcances.

La Geometría práctica no es más que un apéndice de lo anterior, y el dibujo lineal es un recuerdo de lo que ántes se ha visto, á la vez que una habilidad indispensable de que podemos servirnos.

Las leyes generales de la naturaleza según las cuales en los cuerpos se operan fenómenos que modifican sus propiedades, ó alteran su íntima composición, no es menos indispensable conocer.

A nuestra vista tenemos los animales, las plantas y los cuerpos inorgánicos cuyo examen es objeto de la Minerología; está también el suelo en que pisamos, y es doloroso que quien se llame literato no haya concedido cierta parte de su tiempo á estos estudios.

Si alzamos los ojos, un panorama más importante se nos muestra; lo que se llama Cielo. Esa reunión de cuerpos enormes que parecen fijos sobre nuestras cabezas y que todo el mundo admira, ¿porque no ha de despertar en nosotros el vehemente deseo de saber como se mueven, que leyes los rijen? Si conformes con estar provistos de estos elementos no avanzamos más, entonces hay que consagrar nuestra atención con más empeño que nunca á las obras que han producido el entendimiento y la imaginación. Será en ellas que nos rediman de nuestro cansancio después de haber atravesado asperezas inevitables. Es entonces cuando comienza o puede comenzar la era del raciocinio y la discusión. Es á esto que yo doy el nombre de Filosofía.

Raciocinemos entonces sobre todo; sometamos el estudio de la Historia á un juicio filosófico, veamos pasar por delante de nosotros los pueblos con sus grandezas y sus harapos, y analicemos en su semblante su carácter distintivo. ¿Podría uno así pensar entonces en el destino de la humanidad?

Al menos, siquiera es posible alcanzar á saber que se ha pensado y puede pensarse acerca de aquellas célebres preguntas: ¿Quién soy Yo? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy?⁴⁰

⁴⁰ “Carta de Francisco Henríquez y Carvajal a Salomé Ureña, 1º de enero de 1878”, en Aristides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón, eds., *Familia Henríquez Ureña: epistolario I*, Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1996, pp. 5-9, pp. 5-7.

La carta resulta significativa porque se trata del bosquejo del hombre lógico en franca oposición a la figura del literato, tal como lo señala Ramos. Dirigida a una joven poeta, por parte de un joven “amante” del saber sin “vanas pretensiones” de literato, la carta funcionó como crítica y programa. *Crítica* al literato que fundamentaba su prestigio en el solo dominio de la forma de la lengua; *programa* para el estudioso de los nuevos tiempos, aquel que debía formarse sobre la base de un nuevo ordenamiento de los saberes. Como lo aprendió de su maestro Baldorioty de Castro, para Henríquez y Carvajal el estudio de las matemáticas, la física, la química, la biología, la minerología, la astronomía, constituía el principio y el fundamento de la nueva formación intelectual. Sólo después de estas materias habría de venir el estudio de las “obras que han producido el entendimiento y la imaginación”, sobre todo el cultivo de la filosofía, entendida como ejercicio de raciocinio y discusión, que abona el camino para el examen de la historia, las leyes y “el culto” de un pueblo. Por último y sólo hasta el final, la contemplación de las “inspiraciones sublimes” del arte. Precisamente, este programa encontró en la relación intelectual con Eugenio María de Hostos —arquetipo del hombre lógico, de acuerdo con Julio Ramos— su momento de consagración, aquél en que le fue posible la constitución de su propio espacio de enunciación y despliegue: la Escuela Normal, modelo pedagógico de las instituciones educativas que los hermanos Henríquez y Carvajal se encargaron de propagar en ese fin de siglo dominicano.

3. *El exilio magistral de Eugenio María de Hostos*

SOBRE el exilio y la presencia de Eugenio María de Hostos (1839-1903) en República Dominicana existe una amplia bibliografía. Desde 1918, la revista *Letras* de Santo Domingo se encargó de organizar la primera encuesta sobre el tema: “¿qué influencia tuvo Hostos en República Dominicana?”, se les preguntó a amigos, discípulos y contemporáneos del maestro. Emilio Prud’Homme y Federico Henríquez y Carvajal fueron de los pocos que, en aquella primera ocasión, se apresuraron a dar una respuesta: Hostos —coincidieron en afirmar— tuvo el mérito de haber transformado completamente el aspecto de la enseñanza pública en el país sobre una

base “moderna”, “científica”, “racional” y “laica” inexistente hasta antes de su llegada.⁴¹ En 1956, en las postrimerías del régimen de Rafael L. Trujillo, el diario *El Caribe* lanzó de nueva cuenta la pregunta en un intento por refutar esta primera conclusión. En un contexto de “fervor católico exagerado por parte del régimen, luego de la firma del Concordato con la Iglesia Católica, en 1954”, la encuesta apuntó a exaltar el catolicismo de la escuela trujillista a partir de la denostación al laicismo y al antihispanismo del legado hostosiano.⁴² Las respuestas a la encuesta, sin embargo, no ofrecieron lo esperado. La intelectualidad trujillista, a pesar de su subordinación al dictador, se definió “hostosiana” u “hostosiana vergonzante”, de tal suerte, explica Andrés L. Mateo, que la figura de Hostos apareció “indesterrable de la conciencia intelectual dominicana e irreconciliable su práctica docente con el espíritu despótico del trujillismo”.⁴³

Con los trabajos de autores como Américo Lugo, Emilio Rodríguez Demorizi y los hermanos Henríquez Ureña —Camila, Pedro y Max—, la centralidad de Hostos en la historia cultural dominicana se reafirmó. Con base en el hallazgo de documentos y la lectura atenta de su obra, todos coincidieron en reivindicar a Hostos como ese “hombre cima” —a decir de Camila Henríquez Ureña—, en función del cual —agrega Américo Lugo— fue posible dividir las aguas de la historia intelectual de la república.⁴⁴ Sin obviar en absoluto estas interpretaciones pasadas, la lectura que quisiéramos proponer aquí apunta a realizar una “vuelta de tuerca”: mirar más allá de la genialidad individual de Hostos para prestar atención a su fecunda relación intelectual con la Sociedad Amigos del País, la cual pocas veces se menciona en los trabajos existentes sobre el pensador puertorriqueño. Sugerimos, en ese sentido, recuperar el planteamiento de Randall Collins sobre la “grandeza intelectual”,

⁴¹ Emilio Prud'Homme, “Encuesta de *Letras*: ¿Qué influencia tuvo Hostos en la República Dominicana?”, *Letras* (Santo Domingo), año III, núm. 104 (9 de marzo de 1919), s.p.; “Hostos y *Letras*”, *Letras*, año III, núm. 106 (23 de marzo de 1919), s.p.; Federico Henríquez y Carvajal, “Tercera encuesta de ‘Letras’: ¿Qué influencia tuvo Hostos en la República Dominicana?”, *Letras*, año III, núm. 108 (13 de abril de 1919), s.p.

⁴² Andrés L. Mateo, *Mito y cultura en la era de Trujillo*, Santo Domingo, Manatí, 2004, pp. 155-158.

⁴³ *Ibid.*

⁴⁴ Américo Lugo, “Notas sobre nuestro movimiento literario” (1906), en *id.*, *Obras escogidas* [n. 33], p. 140.

a saber, que ésta no descansa —o no solamente descansa— en la genialidad del individuo, sino en las redes que logra forjar, primero, con sus contemporáneos —colegas, aliados, rivales— y, segundo, con las generaciones que le siguen.⁴⁵

Si Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Rufino Blanco Fombona, fueron algunos de los autores latinoamericanos que, durante la primera mitad del siglo xx, garantizaron la lectura y recepción de la obra de Hostos entre las generaciones posteriores a su muerte, la Sociedad Amigos del País conformó esa red de contemporáneos del maestro que pusieron en práctica sus proyectos y los dotaron de un prestigio inicial.⁴⁶ En efecto, Hostos tuvo en dicha institución a sus primeros colaboradores asiduos, aquellos que se encargaron de materializar sus proyectos pedagógicos en un contexto dominicano en el que lo educativo todavía era un trabajo por hacer. La Sociedad Amigos del País, por su parte, encontró en Hostos un nuevo toque de reunión, un nodo de red que reforzó su asociación, reconfiguró sus funciones públicas y la conectó con el exterior. “Hostos [...] nos dió a conocer en la América por medio de sus obras y de sus innumerables trabajos periodísticos [...] nos ligó todavía más a Cuba, en sus luchas por la independencia de la isla hermana; y a Puerto Rico, con los más fuertes y extensos vínculos que existen entre ésta y aquella isla”.⁴⁷

Eugenio María de Hostos llegó a República Dominicana en 1875, tras su fallida participación en la expedición capitaneada por el patriota cubano Francisco Vicente Aguilera, la cual partiendo de la ciudad de Nueva York, el 22 de abril de 1874, no logró su objetivo de liberar a Cuba del dominio español, “debido a las condiciones meteorológicas y a la patente infiltración de [...] los agentes del enemigo”.⁴⁸ Hostos se dirigió a República Dominicana, atraído

⁴⁵ Randall Collins, *Sociología de las filosofías: una teoría global del cambio intelectual*, Joan Quesada, trad., Salvador Giner, pról., Barcelona, Hacer, 2005, p. 60.

⁴⁶ Véase la conferencia ateneísta de Antonio Caso, “La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos”, en Antonio Caso, Alfonso Reyes *et al.*, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, UNAM, 2000, pp. 29-39; Pedro Henríquez Ureña, “Ciudadano de América”, en *id.*, *Obras completas*, 11. 1936-1940, Santo Domingo, Editora Nacional, 2013, vol. II, pp. 296-301; Rufino Blanco Fombona, “Apreciación de Hostos”, en Eugenio María de Hostos, *Moral social*, Madrid, Editorial América, 1917, pp. vii-lvii.

⁴⁷ Emilio Rodríguez Demorizi, “Hostos en nuestro pasado y nuestro porvenir”, en Hostos, *Páginas dominicanas* [n. 7], pp. 5-15, p. 7.

⁴⁸ Eugenio María de Hostos, *América: la lucha por la libertad*, Manuel Maldonado-Denis, est. introd., México, Siglo XXI, 1980, p. 18.

por esa comunidad de inmigrantes cubanos y puertorriqueños que hicieron de Puerto Plata, ciudad costera ubicada al norte de la isla, un espacio de refugio, reencuentro y reorganización política. El huésped recién llegado era el “inquieto peregrino” que estaba convencido de que era posible “buscar la independencia de Puerto Rico y la Confederación de las Antillas por el camino de la revolución de Cuba”.⁴⁹ No extraña, en ese sentido, que la primera red en la que se insertó, una vez instalado en territorio dominicano, fuera la brillante constelación de independentistas antillanos del último cuarto del siglo XIX.

Efectivamente, fue en la ciudad de Puerto Plata donde Hostos se reencontró con “el patriarca de la revolución antillana”, Ramón Emeterio Betances, jefe del Grito de Lares, a quien conoció personalmente en 1869 durante sus andanzas libertarias por la ciudad de Nueva York. Por intermediación de Betances, Hostos entró en relación con Gregorio Luperón, el héroe dominicano de la guerra de Restauración contra España (1863-1865), jefe del liberal Partido Azul y uno de los más activos aliados de los independentistas cubanos y puertorriqueños. Luperón fue el “amigo de corazón” que permitió a Hostos echar a andar sus primeros proyectos políticos y pedagógicos en República Dominicana: la redacción del periódico *Las Dos Antillas* —rebautizado, por cuestiones de censura, como *Las Tres Antillas* y, finalmente, como *Los Antillanos*— y la fundación de la sociedad-escuela La Educadora. Luperón fue, además, el nodo que facilitó a Hostos su encuentro personal con dos de los jefes militares del movimiento revolucionario en Cuba: Antonio Maceo y Máximo Gómez, este último el brazo armado de la lucha encabezada por José Martí. Hostos y Martí nunca se conocieron en persona y, sin embargo, se supieron parte del mismo movimiento, aunque en “rutas intelectuales en cierto sentido inversas”. Como explica el historiador Gaztambide, “si los próceres puertorriqueños [Hostos y Betances] se movieron del antillanismo al (latino) americanismo, el Apóstol cubano viajó del hispanoamericanismo al (nuestra)americanismo y de este al antillanismo”.⁵⁰

⁴⁹ Hostos, “Recuerdos de Betances”, en *ibid.*, p. 55.

⁵⁰ Antonio Gaztambide Géigel, “La geopolítica del antillanismo en el Caribe del siglo XIX”, *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe* (Barranquilla, Colombia), vol. 4, núm. 8 (2007), pp. 41-74, p. 56.

Estrechamente ligada a esta red política se tejió la red intelectual de Hostos con Amigos del País. Resulta significativo el hecho de que en la misma fecha en que el puertorriqueño entró en relación con Luperón, conoció en persona a Federico Henríquez y Carvajal, en aquel momento de paso por Puerto Plata.⁵¹ El encuentro de estos tres personajes anticipó, de algún modo, lo que vendría después: la convergencia de las redes políticas e intelectuales sobre las que Hostos emprendió su fecunda labor educativa en República Dominicana. El año de 1879 marcó el momento de arranque del proyecto hostosiano, en franca conexión con la jefatura política de Gregorio Luperón y los emprendimientos educativos de los Amigos del País.

En los meses de febrero y marzo de ese año, al calor de un debate que se desató con motivo de la propuesta del gobierno dominicano de fundar una “Ilustre Universidad Literaria”, la Sociedad Amigos del País hizo públicas sus opiniones sobre el estado de la “instrucción pública” nacional a través de las páginas de *El Estudio*.⁵² En aquella ocasión lanzaron, por primera vez, la propuesta de establecer escuelas normales, implementar un plan general de instrucción, y hacer de la enseñanza pública una competencia del Estado dominicano. Se trató de un conjunto de señalamientos expuesto meses antes de que se registrara la segunda estadía de Hostos en República Dominicana, tras su periplo de casi tres años (1876-1879) por Estados Unidos, Venezuela y Saint Thomas. Tal como lo informaba el periódico *El Eco de la Opinión* de Santo Domingo en su número del 23 de marzo de 1879: “Ha llegado el ilustrado Sr. Eugenio M. De Hostos, que según informes, se dedicará á la enseñanza de idiomas. Felicitamos al digno Puertorriqueño i le deseamos encuentre entre nosotros los medios de asegurar su porvenir, a fin de que no abandone la patria de sus progenitores”.⁵³ El 17 abril de 1879, “la Sociedad ‘Amigos del País’ tuvo el gusto de recibir en calidad de visita al señor Eugenio M. de Hostos, acompañado de nuestro buen amigo, el señor Federico

⁵¹ Emilio Rodríguez Demorizi, *Luperón y Hostos*, Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1939, p. 18.

⁵² “El Estudio”, *El Estudio*, año 1, núm. 2 (15 de febrero de 1879), pp. 10-11; “El Estudio”, *El Estudio*, año 1, núm. 3 (6 de marzo de 1879), pp. 17-19; “El Estudio”, *El Estudio*, año 1, núm. 4 (16 de marzo de 1879), pp. 25-26; “El Estudio”, *El Estudio*, año 1, núm. 5 (1º de abril de 1879), pp. 33-34.

⁵³ *El Eco de la Opinión* (Santo Domingo), año 1, núm. 3, 23-III-1879, s.p.

Henríquez”.⁵⁴ Para el mes de mayo, el visitante era ya un asiduo asistente a las actividades culturales de la sociedad literaria, de tal suerte que para el 22 de mayo de 1879 se le vio participar como orador en la velada celebrada con motivo del octavo aniversario de la asociación.

Fue en este contexto de encuentro y sociabilidad que Hostos redactó y entregó al Congreso Nacional su gran proyecto educativo: la ley para la creación de Escuelas Normales en República Dominicana. Sobre ella, la Sociedad Amigos del País se expresó del siguiente modo:

Tal idea está en perfecta consonancia con las que en nuestros editoriales anteriores hemos espuesto, clamando por la reorganización de la enseñanza pública, necesidad injente de esta sociedad. El establecimiento de las normales viene a corresponder a los deseos de los “Amigos del País”, que por “El Estudio” ya se habían manifestado en ese sentido. Centros de instrucción, escuelas centrales o normales instaladas en las capitales de Provincias y Distritos: tal fue uno de los puntos que más llamaron la atención de esta hoja periódica.

El proyecto de ley trae el establecimiento de dos escuelas normales; una para la capital de la República; otra para la ciudad de Santiago de los Caballeros. ¿Serán suficientes? ¿Corresponden enteramente a las necesidades del país? No; pero así se comienza; más triste es su situación careciendo en absoluto de ellas. Estas derramarán grandes bienes y sus frutos sazonados despertarán el anhelo de recojerlos en mayor abundancia [...]

Las normales de que se habla están divididas en dos departamentos: uno de escuela teórica, y otro de escuela práctica. La enseñanza en el primero constará de cuatro cursos académicos; y en el segundo, de dos. Los cursos de la teoría son:

Primero: Lectura razonada, Lectura musical, Analogía [...] Nociones de Astronomía, Elementos de Cosmografía y de Geografía física, Composición del mapa de América y las Antillas, Aritmética razonada, Elementos de Geometría.

Segundo: Lectura razonada y ejercicios prácticos de Lógica, Ortografía y Prosodia, Nociones de Algebra, Nociones de Física y Química, Geografía política de América é Historia de Santo Domingo, Elementos de Pedagogía, Nociones de Moral social.

Tercero: Lectura razonada y ejercicios prácticos de Retórica y Poética, Ampliación de la Pedagogía, Nociones de Historia Natural, Elementos de la Historia de los pueblos.

⁵⁴ *El Estudio*, año 1, núm. 6 (18 de abril de 1879), p. 48.

Cuarto: Nociones de Biología y Fisiología, Historia del Continente Americano, Historia de Santo Domingo, Nociones de Derecho Constituyente.

Los cursos de práctica son:

Primero: Lectura, escritura, ejercicios gramaticales y aritméticos.

Segundo: Nociones de Geometría, manejo de mapas y urbanidad.⁵⁵

Entre el 7 de octubre de 1879 y el 1° de septiembre de 1880, Luperón ocupó provisionalmente el poder ejecutivo de República Dominicana, lo que abrió el camino para la fundación de la primera Escuela Normal, la de Santo Domingo, establecida el 18 de febrero de 1880 bajo la dirección del propio Hostos. La instalación de la segunda, la de Santiago de los Caballeros, demoró algunos años más, debido a la falta de recursos. Desde el principio, la Normal de Santo Domingo contó con la activa colaboración de Amigos del País; de hecho, el primer cuerpo de profesores de la institución, tal como sostiene Camila Henríquez Ureña, salió de las filas de la sociedad literaria: José Pantaleón Castillo, Francisco Henríquez y Carvajal, José Dubeau, Emilio Prud'Homme, Carlos Alberto Zafra, José Santiago Castro. “El grupo era digna representación de la juventud dominicana”.⁵⁶

Bajo la dirección de Hostos y el trabajo docente de la Sociedad Amigos del País, la Normal de Santo Domingo se instituyó en un enclave de “modernidad” cultural en medio de lo que sus propios promotores percibían como una “barbarie” circundante: la sociedad dominicana anclada en el “colonialismo”, la violencia y el atraso. Durante sus ocho años al frente de la escuela, Hostos se esforzó en poner en práctica las ideas pedagógicas más avanzadas de la época bajo la convicción de que se trataba no sólo de formar maestros “sino especialmente reformar la educación mental y preparar reformadores de ella y de la razón común”.⁵⁷ Su plan de estudios pretendió terminar “sin rodeos con la llamada instrucción clásica”, aquella que hizo de la obediencia ciega al libro y de la “perniciosa” memorización los dos pilares de la educación.

⁵⁵ “Las Escuelas Normales”, *El Estudio*, año 1, núm. 9 (1° de junio de 1879), p. 71.

⁵⁶ Camila Henríquez Ureña, *Las ideas pedagógicas de Hostos y otros escritos*, Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, p. 129.

⁵⁷ Eugenio María de Hostos, “Indicaciones” (1881), en Raymundo González, comp., *Documentos para la historia de la educación moderna dominicana (1879-1894)*, Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia/Archivo General de la Nación, 2007, tomo II, p. 79.

Siguiendo y combinando las propuestas pedagógicas de Friedrich Froebel, Johann H. Pestalozzi y Joseph Lancaster,⁵⁸ Hostos enfatizó la urgencia de abolir el aprendizaje basado en la “memoria mecánica” para sustituirlo por el aprendizaje adquirido conforme al método de las ciencias positivas: “el relacionamiento razonado y racional de fenómenos con fenómenos, de todos y cada uno de ellos con el hecho universal que se trata de interpretar, es decir, con la naturaleza que nos rodea y que se nos impone, eso es lo que se llama ciencia”.⁵⁹

En la Escuela Normal, Hostos introdujo la propuesta de explicar y enseñar ya no a través del “libro muerto” ni, incluso, “la palabra viva del educador”, sino *materializando y sensibilizando* el conocimiento, mediante el empleo de “los medios gráficos y materiales de que se disponga, y obligando al alumno a que vaya a la pizarra, dibujo, mapa o cualquier otro instrumento pedagógico, a que consulte la naturaleza, o su propia memoria de hechos y de ideas”.⁶⁰ Asimismo, dejó fuera de las aulas normalistas los castigos corporales; la disciplina habría de mantenerse mediante el “atractivo del estudio, la firmeza del director y adjuntos, y la constante vigilancia de los defectos morales y de educación social”.⁶¹ Finalmente, reivindicó como punto de partida de la enseñanza a la ciencia, en específico a la geometría. “¿La razón? Porque, además de empezar por ahí la naturaleza, cuyas primeras nociones se refieren a la extensión, a la forma y al movimiento, en la geometría se funda la iniciación de los pequeñuelos en la escritura y la lectura, y la de las secciones restantes de la escuela práctica en el estudio metódico y científico de la tierra”.⁶²

Con la puesta en práctica de estas ideas, Hostos acabó por dotar de contenido las aspiraciones y los reclamos educacionales de la Sociedad Amigos del País. Gracias a él, los límites de acción de la benemérita sociedad literaria se expandieron hasta lograr que sus socios participaran de una esfera pública en la que lo educativo se perfiló como uno de los ámbitos por excelencia de su intervención letrada. A partir de 1880, dicha institución fue la principal defensora

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ *Ibid.*, p. 80.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 86-87.

⁶¹ *Ibid.*, p. 87.

⁶² *Ibid.*, pp. 81.

de la escuela normal y, en general, de toda la predica hostosiana sobre la educación, la que tomaron como bandera de lucha, *su* bandera de lucha, entronizándola en el proyecto a defender y difundir por toda la república. “Estamos en la víspera de la decisiva batalla. No es posible retroceder, ni tener miedo: la victoria será nuestra, si emprendemos el combate con denuedo i entereza. La obra será del porvenir; pero el porvenir quedará asegurado”.⁶³ En esta batalla, la Sociedad Amigos del País consiguió una victoria inicial: poner en el centro del debate público cuestiones hasta ese momento indiscutidas, tales como el carácter laico y extensivo de la educación; la formación del magisterio como incumbencia exclusiva del Estado; la importancia de una pedagogía moderna, científica y racionalista para la formación de maestros profesionales y de ciudadanos en general; la organización y homologación de la enseñanza pública en cuanto a sus programas, textos y horarios; el problema de las fuentes económicas para el sostenimiento de la instrucción pública; la urgencia de institucionalizar la enseñanza como mecanismo para garantizar su continuidad y autonomía frente a los vaivenes políticos de la nación, y la importancia de la educación como vía para “republicanizar la república”, es decir, para superar sus rastros de “colonialismo”, “atraso” y “barbarie”.⁶⁴

A la par de este amplio debate, la Sociedad Amigos del País se encargó de multiplicar el experimento pedagógico de la escuela normal, bajo la convicción de que la educación científica y racionalista debía estar al alcance de todos los habitantes, en tanto fundamento de su humanidad y principio de su felicidad.⁶⁵ Fue

⁶³ Amigos del País, “El porvenir de la enseñanza iv”, *El Estudio*, año 1, núm. 9, segunda serie (17 de noviembre de 1881), pp. 65-66. Dicho artículo fue publicado por entregas por la Sociedad Amigos del País, en los núms. 5, 6, 8, 9 y 10, entre el 5 de septiembre y el 5 de diciembre de 1881.

⁶⁴ *Ibid.*

⁶⁵ Los Amigos del País sostienen al respecto lo siguiente: “En otro tiempo, en tiempo de entero atraso, la instrucción no era permitida a todos, era un privilegio concedido a unos pocos; una porción de la sociedad, la porción más numerosa, se creía desautorizada para ilustrar su razón, i se mantenía fuera, sin atreverse a poner su planta en el dintel, poseída de esas preocupaciones fatales que han sido en todo tiempo la dicha de los ambiciosos i la valla inaccesible donde se estrella el adelanto de los Estados.//Pero hoi, las preocupaciones van desapareciendo gradualmente, i dando paso al impulso que mueve hácia el adelanto.//La instrucción, quizás no constituye por si sola la felicidad de un pueblo, pero es la base de toda perfección. La ciencia pone su mano en todo; todo en la naturaleza está subordinado a la ciencia. La cosa más sencilla, más natural es un fenómeno científico, desde el acto más sencillo del hogar hasta las acciones más nobles,

así como “bajo los auspicios de la patriótica, liberal, progresista e ilustrada sociedad literaria ‘Amigos del País’”, Francisco Henríquez y Carvajal y José Pantaleón Castillo fundaron y dirigieron, a principios de 1880, la Escuela Preparatoria, con un plan de estudios acorde con las ideas pedagógicas de Hostos, a fin de formar alumnos capacitados para seguir los cursos de la Normal o del Instituto Profesional. A finales de 1880 y principios de 1881, este último recinto, antecedente inmediato de la moderna Universidad de Santo Domingo, fue reinstalado, por órdenes del presidente dominicano Fernando de Meriño —cuyo secretario particular era por aquellos años Francisco Henríquez y Carvajal—, en el inmueble de la Sociedad Amigos del País. El Instituto Profesional, cuya creación se remontaba a 1866, vivió entonces una significativa reestructuración: a las carreras ya existentes de Medicina y Derecho se añadieron las de Agrimensura, Matemáticas, Filosofía, Cirugía y Farmacia, las cuales funcionaron bajo el esquema de cátedras. Así, por ejemplo, Eugenio María de Hostos se encargó de impartir las cátedras de derecho constitucional, derecho internacional, derecho penal, economía política y sociología en la carrera en Derecho, de la cual, en marzo de 1882, se graduó Francisco Henríquez y Carvajal como licenciado.

En noviembre de 1881, Salomé Ureña creó y dirigió el Instituto de Señoritas, en el que por “primera vez se dio instrucción superior a la mujer dominicana”.⁶⁶ En este nuevo recinto educativo no sólo se intentó poner al alcance de las mujeres los programas racionalistas de las escuelas normal y preparatoria, sino, sobre todo, consumir uno de los predicamentos del pensador puertorriqueño, expuesto en uno de sus textos más brillantes, *La educación científica de la mujer*.⁶⁷ En efecto, este escrito de 1873 constituyó una de las defensas más encomiables a favor de la instrucción de la mujer, con base en la premisa de que hombres y mujeres están dotados de las mismas “facultades creadoras” —la facultad de conocer, sentir y

más sublimes de sociedad. Todo es ciencia”, Amigos del País, “Porvenir”, *El Estudio*, año 1, núm. 11, segunda serie (21 de diciembre de 1881), p. 81.

⁶⁶ Camila Henríquez Ureña, *Las ideas pedagógicas de Hostos y otros escritos* [n. 56], p. 136.

⁶⁷ Originalmente este texto consistió en una serie de discursos que Hostos pronunció en 1873, durante su primera estancia en Chile, ante la Academia de Bellas Letras, presidida por el positivista José Victorino Lastarria.

querer— y, por consiguiente, de una “misma igualdad moral”. En tanto ser racional, sostenía Hostos, la mujer tenía el derecho y la obligación de ser educada y educarse en la ciencia: conocer “las leyes generales del universo, los caracteres propios de la materia y del espíritu, los fundamentos de la sociabilidad, los principios necesarios de derecho, los motivos, determinaciones y elementos de lo bello, la esencia y la necesidad de lo bueno y de lo justo”.⁶⁸ Sólo por esta vía, la mujer dejaría de ser esa figura dependiente y “enfermiza”, esa “mimosa sensitiva” y aislada, fruto de los errores y las debilidades de los hombres, para constituirse en un ser humano íntegro, racional, dueña de su conciencia y responsable de su existencia. “Madre, amante, esposa, toda mujer es una influencia. Armad de conocimientos científicos esa influencia y soñad la existencia, la felicidad, la armonía inefable de que gozaría el hombre en el planeta”.⁶⁹

Finalmente, de las últimas instituciones educativas, cuya fundación corrió a cargo de miembros de la Sociedad Amigos del País, cabe mencionar dos escuelas dirigidas por Emilio Prud’Homme y una por José Dubeau: la Escuela Perseverancia donde Prud’Homme “preparó varios grupos de Maestros Normales, aparte de muchos alumnos notables”,⁷⁰ el Liceo Dominicano fundado en 1895 en un contexto de creciente animadversión del gobierno de Ulises Heureaux hacia los seguidores de Hostos y, finalmente, la Escuela Superior de Puerto Plata.⁷¹ Para historiadores dominicanos como Raymundo González, Valentina Peguero, Danilo de los Santos, la influencia de Hostos en la vida cultural dominicana debe medirse no en lo cuantitativo sino, precisamente, en el hecho cualitativo de que el pensador puertorriqueño fungiese como el mentor de este selecto grupo de intelectuales que, como hemos visto hasta ahora, adscritos a la sociedad literaria Amigos del País, dominó el desenvolvimiento cultural de la república hasta entrado el si-

⁶⁸ Eugenio María de Hostos, *La educación científica de la mujer*, Biblioteca Virtual Universal, 2003, s.p., en DE: <<http://www.biblioteca.org.ar/libros/1266.pdf>>. Consultada el 28-VIII-2018.

⁶⁹ *Ibid.*

⁷⁰ Lugo, “Emilio Prud’Homme”, en *id.*, *Obras escogidas* [n. 33], pp. 420-421.

⁷¹ Pedro Henríquez Ureña, “Memorias”, en *id.*, *Obras completas*, 3. 1899-1910, Santo Domingo, Editora Nacional, 2013, vol. III, pp. 13-87, pp. 42-43.

glo xx.⁷² Como considera González, en ninguna parte de América la influencia de Hostos fue tan profunda y duradera como en República Dominicana, sin embargo, dicha influencia no abarcó a la sociedad en su conjunto; por el contrario, se quedó en esta élite intelectual, urbana, que nutrió su lenguaje político, transformó sus imágenes, referentes, formas de sentir, pensar y actuar, y, en consecuencia, configuró una “conciencia moderna” en el país.⁷³ Siguiendo estos planteamientos, consideramos que, precisamente, una de las improntas más profundas que Hostos dejó en esta élite dominicana fue el proceso de autodefinición intelectual que los miembros de Amigos del País continuaron a partir del encuentro y el diálogo con él; un proceso que redefinió sus funciones públicas con base en dos modelos intelectuales encarnados en el huésped visitante: el “hombre lógico” y el maestro.

Plantea Zygmunt Bauman que las definiciones del intelectual, si bien son muchas y variadas, presentan un rasgo en común: son autodefiniciones. “Efectivamente, sus autores son miembros de la misma rara especie que intentan definir”.⁷⁴ Más que una categoría que denote la descripción objetiva de una realidad preexistente, la del intelectual supone autorreclutamiento, autoadscripción, auto-identificación, autorrepresentación. Como toda definición, la del intelectual traza el límite de su propia identidad y, con ello, ahonda la división del terreno social: separa el aquí del allá, el adentro del afuera, el nosotros del ellos, el intelectual del no intelectual. “No trazó un límite objetivo del área que denotaba, y tampoco supuso su preexistencia [...] Se esperaba, antes bien, que la categoría creara su propio referente al despertar inquietudes, movilizar lealtades e impulsar autodefiniciones”.⁷⁵

La Sociedad Amigos del País propuso una primera autodefinición cuando, en 1879, sus miembros se presentaron ante el público lector de la revista *El Estudio* como los “pacíficos de la civilización”, a quienes correspondía la reorganización de la pa-

⁷² Peguero y De los Santos, *Visión general de la historia dominicana* [n. 13], pp. 235-237; Raymundo González, “Hostos y la conciencia moderna en República Dominicana”, en González *et al.*, *Política, identidad y pensamiento social* [n. 12], p. 104.

⁷³ González *et al.*, *Política, identidad y pensamiento social* [n. 12].

⁷⁴ Zygmunt Bauman, *Legisladores e intérpretes: sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Horacio Pons, trad., Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, pp. 9-10.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 10.

tria después de los convulsos años de guerras fundacionales.⁷⁶ El límite de esta primera identidad lo trazaron frente a una otredad claramente reconocible: el caudillo, ese jefe militar responsable de dirigir los primeros años de vida independiente de la nación, al que, sin embargo, le había llegado su hora de clausura. Para esta primera autodefinición, Amigos del País no asoció su identidad a una figura o función intelectual en específico, por el contrario, el “pacífico de la civilización” era un sujeto indefinido, capaz de aludir a cualquiera comprometido con la causa nacional desde el estudio y la cultura. “Corresponde, sí, á los que hemos sucedido á los creadores del Estado, cooperar en la obra de la reorganización de éste: utilizar sus elementos de riqueza; difundir en él las buenas ideas; fomentar la educación [...] Entonces la Patria de los triunfos militares lo será, también, de los pacíficos de la civilización”.⁷⁷

A partir del encuentro intelectual con Hostos, Amigos del País dejó atrás esta indefinición inicial para dar paso a una autoidentificación más acotada: el “pacífico de la civilización” se convirtió en el maestro. Así lo demandaría el propio Hostos en su discurso ante la primera generación de normalistas dominicanos:

Harto lo sabéis, señores: todas las revoluciones se habían intentado en la República, menos la única que podía devolverle la salud [...] Los patriotas por excelencia que habían querido completar con la restauración de los estudios la restauración de los derechos de la patria, en vano habían dictado reglamentos, establecido cátedras, favorecido el desarrollo intelectual de la juventud y hasta formado jóvenes que hoy son esperanzas realizadas de la patria: o sus beneméritos esfuerzos se anulaban en la confusión de las pasiones anárquicas, o la falta de un orden y sistema impedía fructificar por completo su trabajo venerado.

La anarquía, que no es un hecho político, sino un estado social, estaba en todo [...] Para que la república convaleciera, era absolutamente indispensable establecer un orden racional en los estudios, un método razonado en la enseñanza, la influencia de un principio armonizador en el profesorado, y el ideal de un sistema superior a todo otro, en el propósito mismo de la educación común.

Era indispensable formar un ejército de maestros que, en toda la República, militara contra la ignorancia, contra la superstición, contra el cretinismo, contra la barbarie. Era indispensable, para que esos soldados de la verdad pudieran prevalecer en sus combates, que llevaran en la mente

⁷⁶ “El Estudio”, *El Estudio*, año 1, núm. 14 (25 de agosto de 1879), p. 106.

⁷⁷ *Ibid.*

una noción tan clara, y en la voluntad una resolución tan firme, que cuando más combatieran, tanto más los iluminara la noción, tanto más estoica resolución los impulsara.⁷⁸

Como afirma Julio Ramos, “Hostos no acepta el carácter indiferenciado y múltiple del letrado tradicional”, por ello, podemos agregar, su modelo de maestro poseía un claro perfil. Ante todo, era un racionalista, un sujeto centrado y concentrado únicamente en el desarrollo de la capacidad humana por antonomasia, “la capacidad de razonar”. Se trataba del producto/productor de esa “enseñanza verdadera” que, de acuerdo con Hostos, ya no podía ser clásica ni escolástica, empírica ni literaria, sino “exclusivamente” científica, enfocada en “el sujeto del conocimiento”, “la razón humana”, y en “el objeto de ese conocimiento”, “la naturaleza”.⁷⁹ Para Hostos, sólo de “la cópula” entre razón humana y naturaleza resultaba posible el acceso a la verdad y, con ella, a la moral, la virtud y la libertad. Como lo explicó Antonio Caso en esa conferencia que, a modo de elogio y crítica, pronunció en 1910 ante los ateneístas mexicanos:

Tal es la admirable, la sublime profesión de fe del gran racionalista americano que como pedagogo y como apóstol vivió seducido por las proporciones estéticas de su síntesis intelectualista, creyendo con toda firmeza, en el fondo más íntimo y recóndito de su noble ser, que bastaba abrir a las inteligencias entenebrecidas por el prejuicio o la estulticia el fecundo campo de las especulaciones científicas, poniendo en íntimo contacto al yo y al mundo, y arrancando de raíz todo obstáculo intermediario, tradicional o no, para que al imponerse en cada conciencia la verdad, por el divino *fiat* genésico de la razón, brotara al mismo tiempo, como el fruto más lozano y espléndido de la labor científica, el reconocimiento del Bien y la moralización incontrastable de los hombres.⁸⁰

Encarnación del racionalismo más sistemático y coherente, el maestro en Hostos era el “hombre lógico” que, como apuntábamos líneas arriba, se presentaba como antagonista del sujeto literario. En buena medida, toda la interpretación hostosiana sobre la educación se construyó sobre la base de esta oposición. Mientras el literato, para Hostos, no era otra cosa que el ejemplo de una razón “ampu-

⁷⁸ Eugenio María de Hostos, “Discurso en la Escuela Normal en la investidura de los primeros maestros normales”, en *id.*, *Páginas dominicanas* [n. 7], pp. 195-196.

⁷⁹ Ramos, *Desencuentros de la modernidad* [n. 36], pp. 82-83.

⁸⁰ Caso, “La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos” [n. 46], p. 34.

tada”, reducida a la mera “imitación o admiración de las armonías de lo bello”⁸¹ y, por consiguiente, encadenada a lo imaginativo, lo especulativo y lo falso, el hombre lógico representaba la razón sana, “la que reproduce con escrupulosa fidelidad las realidades objetivas y nos da o se da una interpretación congruente del mundo físico; la que reproduce con estoica imparcialidad las realidades subjetivas, y se da o nos da una explicación evidente de las actividades morales del ser”.⁸² Por ello Julio Ramos considera a Hostos un autor cuyo discurso pedagógico moderno trajo consecuencias paradójicas para la literatura: si, por un lado, negó al sujeto literario una posición dentro del aparato escolar, obstaculizando con ello el desarrollo de la literatura en América Latina como disciplina académica hasta la primera década del 900; por otro, contribuyó a delimitar el área en que ese mismo sujeto literario acabaría por reafirmar su autonomía, primero, en la obra de los modernistas y, posteriormente, en la de jóvenes escritores como los ateneístas mexicanos de principios de siglo.

Hostos no fue el inventor de la figura del maestro pero, sin duda, fue uno de los pensadores que mayores esfuerzos realizó a favor de su institucionalización y legitimación dentro de las sociedades latinoamericanas finiseculares. Tanto en Chile como en República Dominicana impulsó la labor pionera de dotar al maestro de sus propios espacios de reclutamiento y formación, de sus textos, títulos y planes de estudio, de sus autoridades y discípulos, de sus medios de difusión y consagración. En el caso particular de República Dominicana, a partir de Hostos la figura del maestro se erigió en una nueva autoridad social y moral que la Sociedad Amigos del País adoptó hasta integrarla al repertorio de sus figuras de autodefinición, en donde acabó por fundirse con otras autorrepresentaciones: regenerador social, detentador de la verdad, guía, moralizador, re-dentor, sembrador, apóstol, patriota, civilizador, modernizador, minoría ilustrada; en definitiva, *legislador*, figura de la modernidad que, como explica Bauman, bajo el halo del “conocimiento superior” se atribuiría el derecho y el deber de *arbitrar*, de “convertir y *cultivar* cuerpos y almas”, de “*introducir orden* en una realidad

⁸¹ Eugenio María de Hostos, “Discurso en la Escuela Normal en la investidura de los primeros maestros normales”, en *id.*, *Páginas dominicanas* [n. 7], pp. 197-198.

⁸² *Ibid.*, p. 199.

social que antes había sido despojada de sus propios dispositivos autoordenadores”.⁸³ Nada mejor que las palabras de Francisco Henríquez y Carvajal dirigidas a los socios en 1894 para mostrar la puesta en escena de estas autodefiniciones entrelazadas:

Vuestro propósito es formal: alimentar á ese pueblo con el espíritu de la verdad, para que se desenvuelvan en él todas las virtudes que le han de dar carácter de pueblo civilizado y han de hacerle ocupar dignamente su puesto en la historia de la humanidad; le vais a dar ese alimento, y os consagrais á su consecución, sin que nada, ni nadie os ataje el paso.

Vendrá aun la burla á vuestro encuentro; el ridículo aguzará sus filos para heriros caprichosamente en vuestro cuerpo. Sois la minoría; os gritarán, y como minoría pretendéis poner á vuestra devoción la sociedad entera y adscribirla á vuestro credo [...]

Sí, las minorías son el elemento vital por excelencia de las Sociedades. Las mayorías son seres en decadencia. Las minorías llevan en su alma el espíritu de una verdad nueva, de un principio avanzado; y tal es la fuerza cohesiva de solidaridad moral que une á sus miembros, que la conciencia colectiva se hace conciencia individual, y se perece por ella con entusiasmo. Las mayorías son cobardes; por gozar de satisfacciones transitorias lo corrompen todo: han perdido la fe en sus ideales y han caído en la depravación; se dicen defensoras de la verdad y su discurso es la mentira. Las minorías son por el contrario, valerosas: moralizan, tienen fé y dicen una palabra enérgica: la de la verdad. Oprimirlas, querer destruirlas con la violencia es el error más grave y más lamentable: porque su espíritu es la verdadera palanca del progreso y porque de su seno es que surge la regeneración social.⁸⁴

Al interior de la Sociedad Amigos del País, Francisco Henríquez y Carvajal fue, sin duda, el que mejor encarnó el modelo de maestro propuesto por Hostos. Entre 1880-1887, además de encabezar la fundación de los espacios para la educación racionalista —desde la Escuela Preparatoria hasta la publicación de la revista *El Maestro*, pasando por la conformación de la sociedad Amigos de la Enseñanza—, se empeñó en ajustar su quehacer intelectual al arquetipo del “hombre lógico”. A diferencia de sus más cercanos amigos de sociabilidad, quienes no tuvieron reparos en escribir obras literarias,

⁸³ Bauman, *Legisladores e intérpretes* [n. 74], pp. 101-116.

⁸⁴ Francisco Henríquez y Carvajal, “Discurso, que debió ser leído en la velada literaria celebrada por la Sociedad ‘Amigos del País’, con motivo de su xxiii aniversario”, *Letras y Ciencias* (Santo Domingo), año II, núm. 54 (24 de junio de 1894), pp. 525-532, pp. 527-528.

él defendió a ultranza las ciencias modernas y, sobre todo, se negó a hacer literatura. Tal como lo apreció Américo Lugo, Francisco Henríquez y Carvajal fue “desde el punto de vista científico el primer discípulo de aquel gran maestro [puertorriqueño]”.⁸⁵ En las memorias de Pedro Henríquez Ureña figura una anécdota que capta a cabalidad ese apego de su padre por la “cultura científica” del siglo XIX. Decía el joven Pedro al recordar su niñez:

mi padre estaba siempre ocupado, y las horas que dedicaba á nosotros las ocupaba en darnos lecciones científicas; y además, veía con disgusto mi retraimiento y mi afición exclusivamente literaria, que me hacía descuidar los estudios de ciencia. Por esa razón, mi vida fue haciéndose bastante triste, ensombrecida por el recuerdo de la muerte de mi madre y por la poca aprobación que encontraban mis tendencias.⁸⁶

Lo interesante del itinerario de Francisco Henríquez y Carvajal es que así como es posible mirar a través de él, en un primer momento, esa simbiosis propuesta por Hostos entre hombre racionalista y maestro, también es posible advertir la paulatina bifurcación de ambas figuras con el advenimiento del nuevo siglo. En efecto, en 1887 Henríquez y Carvajal se graduó en el Instituto Profesional como Licenciado en Medicina y Cirugía. Fue entonces cuando decidió solicitar al gobierno de Ulises Heureaux una beca para realizar estudios doctorales en Francia. Dicha beca le fue otorgada bajo la condición de viajar con el hijo del dictador y fungir como su mentor. Fue así como, entre 1887-1891, cursó sus estudios en la Universidad de París, donde recibió el título de Doctor en Medicina y Cirugía. A su regreso a la isla se encontró con una situación por demás adversa hacia la educación racionalista: desde 1889 y hasta 1900, Hostos se trasladó a Chile, obligado a abandonar la República Dominicana ante las críticas y los ataques de los sectores católicos y del gobierno de Heureaux, quien hizo pública su animadversión hacia la obra hostosiana al promulgar una Ley General de Instrucción Pública en 1895, por la que hizo desaparecer las Escuelas Normales, sustituyéndolas por Colegios Centrales.⁸⁷ Esta situación, junto al carácter cada vez más autoritario del régimen

⁸⁵ Lugo, “Emilio Prud’Homme (esbozo)”, en *id.*, *Obras escogidas* [n. 33], p. 420.

⁸⁶ Henríquez Ureña, “Memorias”, en *id.*, *Obras completas*, 3. 1899-1910 [n. 71], p. 49.

⁸⁷ Sang Ben, *Ulises Heureaux* [n. 15], pp. 125-126.

lilista, lejos de alentar la reincorporación de Francisco Henríquez y Carvajal a la lucha por la educación, lo lanzó, a partir de 1894, hacia el exilio. Refugiado en Haití se abocó a su profesión de médico, haciendo a un lado por completo el trabajo pedagógico. A partir de ese momento, la imagen del maestro se desdibujó por completo de su persona y quedó solamente la del hombre lógico formado en la ciencia moderna, es decir, “el Doctor”.⁸⁸

Y aquí arribamos a un momento de inflexión dentro de nuestra historia. La retirada de Francisco Henríquez y Carvajal de la esfera educativa dominicana, lejos de marcar el fin de la labor pedagógica de la Sociedad Amigos del País, trajo consigo una suerte de relevo o, mejor dicho, la entrega de estafeta a favor de su hermano Federico, quien en 1896 fue admitido oficialmente como miembro activo de la asociación literaria. Desde la salida de Hostos de la isla y en el transcurso de la década de 1890, Federico Henríquez y Carvajal —que hasta ese momento había acompañado la reforma educativa hostosiana y de la sociedad a través de su labor como profesor de la Escuela Preparatoria, el Instituto de Señoritas, el Instituto Profesional y el Liceo Dominicano— se convirtió en el principal defensor del “innovador impulso que Hostos le había dado al sistema educativo dominicano”, así como en el “guardián

⁸⁸ Precisamente al intentar comprender la figura del “doctor” que Francisco Henríquez y Carvajal personificó hasta el final de sus días, nos resultó muy iluminadora una distinción planteada por Ricardo Piglia en relación con el caso del Che Guevara. Dice Piglia refiriéndose al Che: “Desde luego, no se trata del médico del positivismo, del modelo de científico que revela los males de la sociedad, una gran metáfora de la visión de las clases dominantes sobre los conflictos sociales pensados como enfermedades que deben ser erradicadas a partir del diagnóstico neutral y apolítico del especialista que sabe sobre los síntomas y su cura. Se trata, en cambio, del médico como figura del compromiso y la comprensión, del que socorre y salva”, Ricardo Piglia, *El último lector*, México, Debolsillo, 2015, p. 115. Pese a su apego científicista y positivista, Francisco Henríquez y Carvajal, al igual que el Che, se refugió en la figura del médico que “socorre y salva”. Y es que a diferencia de contemporáneos suyos —piénsese en Carlos Octavio Bunge, Francisco Bulnes, Alcides Arguedas y otros—, Henríquez y Carvajal no siguió la norma de erigirse en el “médico” que diagnostica y denuncia los males sociales dominicanos; de hecho, jamás contempló la posibilidad de escribir una obra que, con base en el andamiaje científico de la época, habría de dar cuenta de las causas de la “degeneración” nacional y de los posibles remedios para su curación. En el caso dominicano, quien se encargó de redactar una obra semejante, cargada de biologismo, racismo, positivismo y metáforas médicas para la interpretación de lo social, fue José Ramón López, “La alimentación y las razas” (1896), en *id.*, *Ensayos y artículos*, Santo Domingo, Fundación Corripio, 1991, pp. 11-61.

celoso [d]el legado de esa valiosa obra educativa”.⁸⁹ Con el concurso de la Sociedad Amigos del País, Federico Henríquez y Carvajal se encargó de dirigir la resistencia a favor del normalismo desde dos trincheras. Por un lado, el trabajo docente que realizó al frente de instituciones que se convirtieron en verdaderos reductos del “espíritu de la Normal”, tales como el Liceo Dominicano, la Escuela Superior de Puerto Plata, el recién fundado Colegio Central, el Instituto Profesional y el Instituto de Señoritas después de la muerte de Salomé Ureña (1897). Por otro, su trabajo periodístico en *El Mensajero* y *Letras y Ciencias*, medios a través de los cuales se esforzó por mantener vigente la obra y figura de Hostos entre la opinión pública dominicana hasta su regreso a la isla en 1900.

Para inicios del nuevo siglo, Federico Henríquez y Carvajal era, sin reparo alguno, el hostosiano por excelencia. Su estrecha amistad con el Maestro, sus prolíficos diálogos epistolares con él, su reiterada predica a favor de la causa antillanista, y su creciente protagonismo al interior del ámbito educativo dominicano bajo la bandera del normalismo, así lo demostraron. El reconocimiento público que obtuvo como “Maestro de la juventud dominicana” resultó, en un principio, la consecuencia directa de esta amistad intelectual con el puertorriqueño y de sus esfuerzos por mantener vigente su legado educativo en el país. Paradójicamente, a diferencia de su hermano Francisco, Federico Henríquez y Carvajal nunca pretendió ajustarse al modelo racionalista del maestro hostosiano. Por el contrario, su añejo vínculo con la literatura⁹⁰ le permitió anticipar el modelo de maestro que acabó por imponerse en América Latina durante el primer cuarto del siglo xx, a través de personalidades como José Martí, José Enrique Rodó y, más adelante, el propio Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Gabriela Mistral: la del “orientador moral y estético”,⁹¹ que va a hacer de la literatura un “ámbito capaz de producir un saber regenerador de la sociedad, reclamando en ese sentido un nuevo

⁸⁹ Vivian Quilmes-Calderín, *República Dominicana y Puerto Rico: hermandad en la lucha emancipadora. Correspondencia 1876-1902 (Eugenio María de Hostos, Federico Henríquez y Carvajal, Gregorio Luperón y Fidelio Despradel)*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 2001, p. 18.

⁹⁰ Véase Federico Henríquez y Carvajal, “Perfil autobiográfico”, *Clio* (Ciudad Trujillo), año xx, núm. 92 (enero-abril de 1952), pp. 6-8.

⁹¹ Colombi, “Representaciones del ensayista” [n. 3], pp. 29-30.

espacio social para el ensayista (y para el intelectual), en una línea que desembocará en los neohumanistas de comienzos del siglo xx”.⁹² Federico Henríquez y Carvajal representó, para el contexto dominicano, la versión primigenia de este modelo. No extraña, en ese sentido, que haya sido el encargado de recibir en la república a un escritor como Martí, así como de encabezar la transformación de la Sociedad Amigos del País en Ateneo Dominicano, nuevo espacio de sociabilidad intelectual que logró aglutinar a las figuras literarias emergentes de la isla, dando paso a nuevas prácticas y nuevas redes intelectuales.

4. *Del maestro-lógico al orientador moral: José Martí en República Dominicana*

EFFECTIVAMENTE, fue por intermediación de Federico Henríquez y Carvajal que José Martí se presentó, en el año de 1892, ante la Sociedad Amigos del País. Al igual que Román Baldorioty de Castro y Hostos, la visita del revolucionario cubano se inscribió en el contexto de lucha por la independencia de Cuba que, en este caso, lo llevó a territorio dominicano en busca de “la aceptación de Máximo Gómez del título de encargado supremo del ramo de la guerra” del movimiento libertador.⁹³ Se trató del primero de los tres viajes que Martí realizó a República Dominicana entre 1892-1895, los cuales vistos a la luz de su violenta muerte adquirieron, como afirma Max Henríquez Ureña, “una importancia capital”. Si el primer viaje representó los prolegómenos de lo que Máximo Gómez denominó “la guerra de Martí”, el último señaló la marcha irreversible hacia la “tea revolucionaria”, encendida desde marzo de 1895 con el famoso Manifiesto de Montecristi.⁹⁴

El Martí que llegó a República Dominicana por primera vez fue, ante todo, el reconocido patriota que, desde enero de 1892, acababa de fundar en Estados Unidos el Partido Revolucionario

⁹² *Ibid.*; Liliana Weinberg, “José Enrique Rodó: las distintas modulaciones de la voz del maestro”, *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos* (CIALC-UNAM), núm. 66 (enero-junio de 2018), pp. 46-67.

⁹³ Max Henríquez Ureña, “Martí en Santo Domingo (conferencia pronunciada el 2 de marzo de 1913 en el Ateneo de La Habana, en sesión de la Sociedad de Conferencias)”, *Cuba Contemporánea* (La Habana), tomo II, núm. 3 (julio de 1913), pp. 177-256, p. 179.

⁹⁴ *Ibid.*

Cubano, con el propósito de reunir a “todos los hombres de buena fe” para precipitar una “guerra generosa y breve, encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla [de Cuba]”.⁹⁵ En comparación con esta faceta de patriota, la del escritor resultaba más difusa, o, por lo menos, todavía no alcanzaba la popularidad que llegaría a adquirir más adelante. Y es que para ese momento, lo que se conocía del Martí escritor eran, sobre todo, algunos artículos publicados en *La Opinión Nacional* de Caracas, *La Nación* de Buenos Aires, *El Partido Liberal* de México, *La República* de Honduras, *La Opinión Pública* de Montevideo. De acuerdo con Rodríguez Demorizi, los primeros textos de Martí que se conocieron en República Dominicana fueron los divulgados en la *Revista Científica, Literaria y de Conocimientos Útiles*, por el poeta José Joaquín Pérez, hacia el año de 1883: “La vuelta de los héroes de la Jeannette” y “Maestros ambulantes”.⁹⁶ En la correspondencia de la familia Henríquez Ureña, sin embargo, figura una anécdota que permite saber que también *La Edad de Oro*, el mensuario de Martí dedicado a los niños de América, contaba con asiduos lectores dentro de la república, entre ellos, de modo muy particular, el niño Pedro Henríquez Ureña.⁹⁷

Centrándonos en el viaje de 1892 —el único en el que Martí se encontró cara a cara con la intelectualidad de Santo Domingo—, podemos afirmar que se trató de un parteaguas en la historia de la recepción martiana en República Dominicana. Ese viaje marcó el momento de arranque de lo que Emilio Rodríguez Demorizi denomina “el culto de Martí en Santo Domingo”, en cuya edificación cumplió un papel fundamental el trabajo mediador de Federico Henríquez y Carvajal.

Fué el bardo de *Fantasías Indígenas* de la Española, José Joaquín Pérez, el primero en dar a conocer a José Martí en la vetusta Santo Domingo, en 1883 [...] Fué Máximo Gómez, el guerrero más fiel a las ideas civiles de Martí, quien selló en la manigua la fraternidad entre Santo Domingo y Cuba y a

⁹⁵ José Martí, “Bases del Partido Revolucionario Cubano”, en *id.*, *Obras completas*, I. *Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1991, pp. 279-281, p. 279.

⁹⁶ Emilio Rodríguez Demorizi, *Martí en Santo Domingo*, La Habana, Impresora Ucar García, 1953, p. 21.

⁹⁷ “Carta de Salomé Ureña a Francisco Henríquez y Carvajal, 27 de agosto de 1889”, en Incháustegui y Delgado Malagón, eds., *Familia Henríquez Ureña: epistolario I* [n. 40], p. 168.

quien debemos que el Apóstol pisara tierra dominicana [...] fué Américo Lugo, el gallardo prologuista de *Flor y lava*, el primero en publicar una antología de Martí [...] Pero fué Federico Henríquez y Carvajal quien tuvo la gloria de encender y reavivar cada día, junto al Ozama, la inapagable llama del culto de Martí.⁹⁸

Pero, ¿a qué nos referimos con ese “culto a (de) Martí”? Pues, al paulatino y secular proceso de “sacralización” y “canonización” de la imagen y obra del escritor cubano —exhaustivamente historiado por Ottmar Ette— que, sobre todo después de su muerte y en el transcurso del siglo xx, desembocó en la “veneración cuasirreligiosa” de su figura, en calidad de “Héroe nacional”, “Maestro”, “Apóstol”, “Mártir”, “autor intelectual de la revolución”. Consagraciones diversas, cuyos usos políticos, ideológicos y/o literarios acabaron por “desligar a José Martí de la esfera de lo terrenal e histórico para asignarle un pedestal en el panteón de personajes sobrehumanos”, dando paso a la apoteosis, el catecismo, la “religión martiana”.⁹⁹ Se trató de un proceso que, si bien tuvo en Cuba su lugar de manifestación por excelencia, fue en el extranjero donde eclosionó, precisamente en esos espacios de exilio y errancia en los que Martí desarrolló la mayor parte de su vida y su obra. “En el exilio Martí había sido la cabeza propiamente dicha del movimiento independentista cubano. Así, no debe causar asombro que la gloria de Martí hubiese irrumpido en Cuba proveniente de países extranjeros”.¹⁰⁰ Precisamente por este origen exógeno, Federico Henríquez y Carvajal pudo participar en la construcción del “culto martiano”.

No encontramos huellas que apunten hacia la existencia de una relación intelectual directa entre Federico Henríquez y Carvajal y Martí antes de 1892. En todo caso, previamente a esa fecha, lo que existió entre ambos escritores fue un conocimiento mutuo “de oídas”: ambos sabían de la existencia del otro y, sobre todo, se sabían simpatizantes de la misma causa y, por consiguiente, partícipes de la misma red. Por ello, cuando Martí, al concluir la entrevista en Montecristi con Máximo Gómez, decidió seguir su

⁹⁸ Emilio Rodríguez Demorizi, “Henríquez y Carvajal y el culto de Martí en Santo Domingo”, en *id.*, *Martí en Santo Domingo* [n. 96], pp. 439-440.

⁹⁹ Ottmar Ette, *José Martí: apóstol, poeta, revolucionario: una historia de su recepción*, Luis Carlos Henao de Brigard, trad., México, UNAM, 1995, pp. 49-61.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 35.

viaje hacia la ciudad de Santo Domingo, a quien se dirigió para que fungiera como su anfitrión fue a Federico Henríquez y Carvajal. “¡Agradable sorpresa! [relataba este último]. Un telegrama suyo nos dijo que estaba en Santiago de los Caballeros y que, pasado el tercero día, lo tendríamos en medio de sus amigos queridos”.¹⁰¹ El 18 de septiembre de 1892 Martí llegó a la ciudad capital; Federico Henríquez y Carvajal fue entonces el encargado de darle la bienvenida: lo recibió en su casa y, posteriormente, junto al poeta José Joaquín Pérez, lo acompañó a un recorrido por Santo Domingo, durante el cual el “huésped ilustre” visitó, entre otros sitios emblemáticos, el Instituto de Señoritas y la Catedral Primada de América, donde contempló “con ojos escrutadores y con alma reverente los restos del Descubridor”.¹⁰² Por la noche, Federico Henríquez y Carvajal realizó la presentación oficial del visitante ante la sociedad. “Diversos grupos, advenidos de varios puntos de la ciudad, para quienes la lluvia no fue obstáculo, poblaban los salones contiguos al de la Biblioteca pública en que la recepción se efectuaba. Corrientes de simpatía impregnaban el recinto”.¹⁰³ Entre los concurrentes se hallaron Francisco Henríquez y Carvajal, José Joaquín Pérez y el famoso escritor del *Enriquillo*, Manuel de Jesús Galván, con quien Martí propició un primer encuentro epistolar en 1884, para reconocer “los méritos” de su “novísima y encantadora manera de escribir nuestra historia americana”.¹⁰⁴ En las páginas del *Listín Diario* y *El Eco de la Opinión* se leyó lo siguiente sobre la memorable velada:

En el local de la Sociedad “Amigos del País”, recibió la “Junta popular” la honrosa visita del elocuente orador i galano escritor cubano don José Martí, quien de tránsito por esta ciudad, fué presentado por don Federico Henríquez i Carvajal á sus amigos allí reunidos, con frases benévolas y afectuosas [...] El salón i piezas contiguas, estaban repletos de gente, ansiosa de ver i oír al fecundo orador.

El Presidente de la Junta Sr. Pichardo, á nombre de ella, con palabra fácil i elocuente, dió la bienvenida al ilustrado viajero, que de antemano

¹⁰¹ Federico Henríquez y Carvajal, “José Martí”, *Letras y Ciencias* (Santo Domingo), año 1, núm. 14 (30 de septiembre de 1892), pp. 105-110, p. 105.

¹⁰² *Ibid.*

¹⁰³ *Ibid.*

¹⁰⁴ “Carta de José Martí a Manuel de Jesús Galván, 19 de septiembre de 1884”, en José Martí, *Obras completas*, 7. *Nuestra América*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1991, pp. 299-300.

tenía conquistados purísimos afectos en el seno de la familia dominicana, por las enerjías de su alma, en sus potentes luchas de apóstol i escritor.

El Sr. Martí contestó con esa elocuencia avasalladora, característica en él, discurrendo sobre el tema fecundo i simpático de los puros afectos del alma: pobló los recintos de aquel salón con la luz i la armonía que despedían preciosísimas ideas, ataviadas de galana forma, i de arrobador encanto, vertidas de sus elocuentes labios como puras emanaciones de un corazón grande y generoso. Manifestó su tierno agradecimiento por las pruebas deferentes de fraternal cariño con que ha sido distinguido por el pueblo dominicano, desde el momento en que pisó su hospitalaria tierra.

Qué con marcada predilección había visitado las regiones de la Vega Real, donde dominó el infortunado Guarionex; i que se proponía hacerlo también con las que fueron mudos testigos del arrojo sin igual i amor á su raza del infeliz Enriquillo, de cuyo pecho se escaparon los últimos tristes suspiros por la libertad perdida.

En esta parte de su discurso aludió al Sr. Galván, con motivo de su precioso libro titulado *Enriquillo*.

Terminada su discreta i elocuente palabra, ruidosísimos aplausos saludaron al insigne orador.

La autorizada voz del Sr. Galván, enérjica y fascinadora como siempre, se dejó oír para significar al ilustre huésped el agradecimiento de la familia dominicana por sus afectuosas i deferentes frases, deseándole éxito completo al ilustre apóstol de redentora idea.

El Sr. dr. F[rancisco] Henríquez i Carvajal á nombre de la Sociedad “Amigos del País”, ofreció al Sr. Martí —en conceptuosa improvisación— un tomo de las poesías del malogrado vate dominicano Manuel Rodríguez Objío, obsequio á que correspondió el Sr. Martí con promesas de grato recuerdo para la “Amiga del País”, i de estímulo altamente alentador para la poesía americana.¹⁰⁵

La consagración del visitante fue prácticamente inmediata, y Federico Henríquez y Carvajal se encargó de que la misma se sostuviera en el reconocimiento público de dos atributos del escritor cubano: su “formidable efecto” como orador y su papel de “apóstol” de la causa antillana. “Vais a oír la palabra del sembrador, del apóstol, anunciadora de la buena nueva i promisor de la tierra redimida. Vais a oír su palabra, *verba magna*, en la cual parece que hablan todas las voces proféticas i evangélicas que en el mundo han sido. Con ella va a envolveros, i a transportaros, como en un vuelo de

¹⁰⁵ “Grata visita”, *Listín Diario* (Santo Domingo), núm. 991, 22-ix-1892, s.p. Esta misma nota se reprodujo íntegra en *El Eco de la Opinión* (Santo Domingo), núm. 694, 24-ix-892, s.p.

cóndor andino, a las esferas del ideal entrevistó”.¹⁰⁶ Orador y apóstol fueron, efectivamente, los dos rasgos en los que, de acuerdo con Ette, se fundó la veneración inicial hacia Martí, antes de su muerte en Dos Ríos. El primero fue un atributo que pudieron constatar todos aquellos que tuvieron el privilegio de oírlo en algunas de sus apariciones públicas, desde los trabajadores analfabetos que lo escucharon en las fábricas de Florida, hasta los intelectuales como Federico Henríquez y Carvajal que dejaron el testimonio escrito de esa escucha y, en función de ella, construyeron el “aura” del poeta. “Se oyó un vago rumor de ondas y de alas, y luego una cascada de perlas y de flores, y enseguida una lluvia de estrellas. Era la palabra luminosa, la frase alada, de José Martí, el orador poeta”.¹⁰⁷ El segundo, el atributo de apóstol, lo propuso por primera vez el discípulo predilecto de Martí, Gonzalo de Quesada, en 1889, sin embargo, fue gracias a las alocuciones de autores como Federico Henríquez y Carvajal, José Joaquín Pérez y otros, que el apelativo se consagró y, de este modo, sirvió para sacralizar ya no sólo la figura del escritor sino, igualmente, su actividad revolucionaria.¹⁰⁸ “Él es el nuevo apóstol del credo revolucionario i va, por el viejo camino de amarguras, cargado con la cruz de los ingentes dolores de su pueblo. Él encarna i lleva consigo el alma de Cuba ¡la irredenta! mientras recorre el suelo libre de América. Al reclamo de su verbo, lleno de maravilla, él promueve el común esfuerzo para la redención de la isla áurea”.¹⁰⁹

En 1895 ocurrió el azaroso hecho que habría de transmutar esta veneración inicial hacia Martí en un culto, primero, en Federico Henríquez y Carvajal y, posteriormente, por intermediación suya, entre los dominicanos. En los meses de febrero y abril de ese año, Martí se encontró, por última vez, en República Dominicana, enfrascado en preparar la expedición que habría de llevarlo, junto

¹⁰⁶ Federico Henríquez y Carvajal, “*Verba gracia*: presentación de José Martí en la ‘Sociedad Amigos del País’ de la Ciudad Primada la noche del 18 de septiembre de 1892”, en *id.*, *Discursos y conferencias*, Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1970, p. 200.

¹⁰⁷ Henríquez y Carvajal, “José Martí”, *Letras y Ciencias* [n. 101], p. 105.

¹⁰⁸ Véase el texto de José Joaquín Pérez, “Nuestro adiós a Martí [1896]”, en Rodríguez Demorizi, *Martí en Santo Domingo* [n. 96], pp. 71-73; Ette, *José Martí* [n. 99], pp. 35-42.

¹⁰⁹ Henríquez y Carvajal, “*Verba gracia*”, en *id.*, *Discursos y conferencias* [n. 106], p. 199.

a Máximo Gómez, a unirse a los revolucionarios que desde el 26 de febrero de 1895 se levantaron en armas en Cuba, al mando del general Antonio Maceo. Antes de la partida, el 25 de marzo, Martí, a modo de despedida, redactó cuatro textos: el Manifiesto de Montecristi, una carta a su discípulo Gonzalo de Quesada, una carta a su madre y, finalmente, una carta, que era contestación a otra que nunca se encontró, dirigida a Federico Henríquez y Carvajal. El 11 de abril los expedicionarios, al frente de Martí y Gómez, finalmente, llegaron a Cuba. El 19 de mayo “sucede lo inenarrable”: en un combate entre Bijías y Dos Ríos, Martí fue hallado muerto. Este hecho fatal resignificó por completo la lectura de las tres cartas mencionadas. Las que originalmente eran apenas tres cartas más dentro del vasto epistolario del escritor cubano, se convirtieron en las últimas palabras del apóstol-héroe. La carta destinada al discípulo, por ello, fue rebautizada con el nombre de “testamento literario” del poeta muerto; la dirigida a Federico Henríquez y Carvajal se transformó en el “testamento político” del héroe.

El propio Federico Henríquez y Carvajal fue, de hecho, el responsable de llevar a cabo tal conversión. Así lo sugiere Eugenio María de Hostos en uno de los pocos textos que escribió sobre Martí: “Bien hizo Henríquez y Carvajal, en apellidar *Testamento* a esa carta, porque en ella habla un alma, más que un hombre, como las almas hablan, al separarse del mundo de los hombres”.¹¹⁰ Con base en esta carta, Federico Henríquez y Carvajal construyó el “culto de Martí en Santo Domingo” y, al mismo tiempo, abonó a favor de su propia reputación intelectual. Y es que, ante todo, la carta le otorgó al maestro dominicano el pretexto ideal para propiciar una prolífica difusión de textos de y sobre Martí en República Dominicana. Inmediatamente después de la muerte del héroe, Federico Henríquez y Carvajal, en el número 80 de su revista *Letras y Ciencias*, correspondiente al mes de agosto de 1895, “dio a la luz [por primera vez] la carta que Martí me escribió al partir para Cuba. Ya usted la leerá. Ahí quedó su alma”.¹¹¹ Entre septiembre de ese año y hasta el cese de la publicación literaria, es decir hasta

¹¹⁰ Eugenio María de Hostos, “El testamento de Martí”, en Rodríguez Demorizi, *Martí en Santo Domingo* [n. 96], p. 582.

¹¹¹ “Carta de Federico Henríquez y Carvajal a Eugenio María de Hostos, 4 de agosto de 1895”, en Quilmes-Calderín, *República Dominicana y Puerto Rico* [n. 89], pp. 125-126.

1899, Henríquez y Carvajal dio a conocer, con cierta regularidad, poemas, cartas, proclamas, noticias, notas críticas y otros textos breves de y sobre Martí. En 1896 publicó en Santo Domingo, a modo de homenaje por el primer aniversario luctuoso del mártir de Dos Ríos, el *Álbum de un héroe: a la augusta memoria de José Martí*. En 1920, desde La Habana, sacó a la luz pública *Cuba i Quisqueya*; en 1925, *Todo por Cuba* y, en 1945, *Martí: próceres, héroes i mártires de la Independencia de Cuba*. A esta lista se sumaron los libros de discípulos y parientes de Henríquez y Carvajal sobre la obra martiana. Dos casos merecen la pena señalarse. El primero fue el libro *Flor y lava*, preparado con prólogo y notas por el dominicano Américo Lugo, discípulo de Hostos y de Henríquez y Carvajal, quien logró conocer personalmente a Martí en 1895 durante su estancia en Montecristi. Este libro, como explica Ette, constituyó “la primera antología, compuesta de textos extraídos de los más diversos campos de la actividad creadora de Martí”,¹¹² la cual, ante la falta de interés de las editoriales cubanas, tuvo que ser editada en París por la Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas-Librería Paul Ollendorff. Este libro, Américo Lugo lo dedicó a Federico Henríquez y Carvajal y, por ello, al final del mismo se incluyó “la epístola fraternal” del Apóstol al Maestro dominicano.¹¹³ El segundo caso fue la antología martiana publicada también en el extranjero, pero, en esta ocasión, bajo el cuidado del sobrino de Federico Henríquez y Carvajal, Max Henríquez Ureña. Se trató del libro *José Martí, Páginas escogidas*, editado en París por la casa Garnier Hermanos, en 1919, cuyo mérito, tal como lo muestra nuevamente Ette, descansó en el hecho de que, al igual que la antología de Lugo, intentó aproximar a los lectores latinoamericanos al conocimiento de la faceta paradójicamente menos conocida de Martí: la del escritor, dramaturgo y poeta.¹¹⁴

Si a través de esta difusión de textos Federico Henríquez y Carvajal coadyuvó al conocimiento de la vida y obra de Martí entre

¹¹² Ette, *José Martí* [n. 99], p. 81.

¹¹³ Véase la reseña que sobre el libro escribió el propio Federico Henríquez y Carvajal, “Martí, *Flor y lava*: prólogo de Américo Lugo”, *Ateneo* (Santo Domingo), año 1, núm. 10 (noviembre de 1910), p. 12.

¹¹⁴ Para una reflexión sobre esta falta de conocimiento de la obra literaria del cubano véase el ensayo de Max Henríquez Ureña, “José Martí”, *Ateneo* (Santo Domingo), año IV, núm. 6 (junio de 1913), pp. 105-109.

el público dominicano y, en general, antillano, sin duda fortaleció, igualmente, su propia reputación y jefatura intelectuales. Al cabo de un tiempo, Henríquez y Carvajal se autoproclamó “heredero” del legado político del apóstol cubano, dotando de nuevos sentidos su relación intelectual con Martí. Henríquez y Carvajal, que originalmente había sido considerado por el escritor cubano como su “amigo” y “hermano”, se autoasumió también como un discípulo, colocándose en pie de igualdad con otra figura central en la vida del prócer, Gonzalo de Quesada, el “discípulo amado”, con quien el dominicano logró construir una cordial amistad a partir de 1901, identificándose tanto por la admiración irrestricta y compartida hacia Martí, como por esa labor en común a favor de la publicación de la obra martiana.¹¹⁵ Téngase presente que Gonzalo de Quesada fue el primer responsable en publicar las obras completas de Martí, esos quince volúmenes aparecidos entre 1900 y 1919 desde la ciudad europea de Berlín, que habrían de propiciar una lectura del poeta cubano con ese “sabor ministerial” y “canónico” propio de toda “obra completa”.¹¹⁶

Pero como no hay discípulos sin maestro, a los ojos de Federico Henríquez y Carvajal Martí se transfiguró en el *orientador*, todavía no entendido como una guía intelectual o estética, sino moral. Se trató de la reivindicación del maestro como modelo de ética, de “civismo en acción”, “prócer de la conducta” y “sembrador e iluminador de conciencias”. En dos “hombres raros como los montes”, cumbres “sobresalientes i orientadoras”, Federico Henríquez y Carvajal reconoció haber encontrado la encarnación de esta figura, capaz de “pone[r] su vida al margen de sus obras”: en el cubano José Martí y en el libertador dominicano Juan Pablo Duarte. “Los próceres de la conducta, los del civismo en acción, los sembradores e iluminadores de conciencia, esos [son] los que han influido e influyen aún, con su apostolado i con su vida, en mis ideas i sentimientos i en los actos de algún relieve de la mía”.¹¹⁷ Como se ve, todavía no estamos ante el reconocimiento de Martí como maestro literario, sino ante la exaltación de su vida y obra

¹¹⁵ Federico Henríquez y Carvajal, “Gonzalo de Quesada”, *El Figaro* (La Habana), año XXXI, núm. 12 (21 de marzo de 1915), p. 164.

¹¹⁶ Susana Zanetti, *Lectura en América Latina*, Mónica Marinone, comp. y pról., Mérida, Venezuela, El otro, el mismo, 2004, p. 40.

¹¹⁷ Henríquez y Carvajal, “Perfil autobiográfico” [n. 90], p. 8.

como modelo cívico, ético, que precisamente Federico Henríquez y Carvajal encontró condensado en la famosa epístola de 1895, en la que, entre otras cosas, se leía lo siguiente:

Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde de sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio; hay que hacer viable, e inexpugnable, la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, usted con sus canas juveniles, y yo, a rastras, con mi corazón roto.¹¹⁸

El ejemplo de sacrificio individual en pos del ideal colectivo, así como el llamado a la unidad de Nuestra América —“Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino”— fue lo que Federico Henríquez y Carvajal reivindicó como el legado martiano. Lo significativo es que, por medio de la carta, se autoasumió albacea de ese legado y se ungió de la mística del poeta sacrificado. Hacia 1917, Federico Henríquez y Carvajal donó al Museo de Santiago de Cuba la memorable carta, con lo cual aseguró que su nombre quedara oficial y permanentemente asociado a las últimas palabras del “excelso apóstol de nuestras libertades”.¹¹⁹ De este modo, su figura se colocó más cerca del modelo de maestro encarnado por Martí que del modelo racionalista propuesto por Hostos. Como explica Pedro Henríquez Ureña, “mientras para Martí arte y virtud, amor y verdad viven en feliz armonía (‘todo es música y razón’), Hostos sospecha conflictos entre belleza y bien: resueltamente destierra

¹¹⁸ Citado en Rodríguez Demorizi, *Martí en Santo Domingo* [n. 96], p. 131.

¹¹⁹ Federico Henríquez y Carvajal, “Flores de recuerdo: ante la tumba del Maestro”, *El Figaro* (La Habana), año xxxiii, núm. 19 (10 de junio de 1917), p. 327.

de su república interior a los poetas si no se avienen a servir, a construir, a levantar corazones”.¹²⁰

RESUMEN

En este trabajo se examina el impacto que en el terreno de la cultura dejaron las experiencias de exilio de Román Baldorioty de Castro (1822-1889), José Martí (1853-1895) y Eugenio María de Hostos (1839-1903) en la República Dominicana finisecular. Entre 1875 y 1895 los próceres antillanos encontraron allí un refugio que les brindó la posibilidad de prolongar sus enseñanzas, concretar sus proyectos de emancipación política y establecer fecundas relaciones intelectuales con los escritores dominicanos agrupados en la Sociedad Amigos del País. Gracias a esas relaciones los hermanos Francisco y Federico Henríquez y Carvajal acabaron por redefinir sus identidades letradas, se identificaron como “maestros” de las juventudes dominicanas e impulsaron proyectos culturales inéditos.

Palabras clave: exilio político, Sociedad Amigos del País, magisterio intelectual, antillanismo.

ABSTRACT

The author examines the marks left in the Dominican Republic’s field of culture at the end of the 19th century by the exile experiences of Román Baldorioty de Castro (1822-1889), José Martí (1853-1895), and Eugenio María de Hostos (1839-1903). From 1875 to 1895, these Caribbean national heroes found a haven from where they could spread their teachings, put their political emancipation projects to practice, and establish fruitful intellectual relations with the Dominican writers of the Sociedad Amigos del País, thanks to which, brothers Francisco and Federico Henríquez y Carvajal managed to redefine their educated identities and ascertain themselves as “teachers” of the Dominican youth while furthering unparalleled cultural projects.

Key words: political exile, Sociedad Amigos del País, intellectual leadership, antillanismo.

¹²⁰ Henríquez Ureña, “Ciudadano de América”, en *id.*, *Obras completas*, 11. 1936-1940 [n. 46], p. 299.

